



LECTURAS

PARA

LOS MAESTROS

**Artículos compilados por el Señor CELIANO
MONGE, Director de Estudios de la
Provincia de Pichincha.**



QUITO.—ECUADOR

IMPRENTA DE LA JUVENTUD.

1899

ADVERTENCIA

La Dirección de Estudios de la Provincia de Pichincha, en su afán de mejorar la condición del preceptorado y propender á su mayor cultura, lleva ya publicadas las obras siguientes, que las distribuye, gratis, entre los institutores: Elementos de Pedagogía, Elementos de Economía é Higiene y la Dirección Moral para los Institutores; trabajo ~~X~~ este último, del cual se han hecho en Francia más de catorce ediciones.

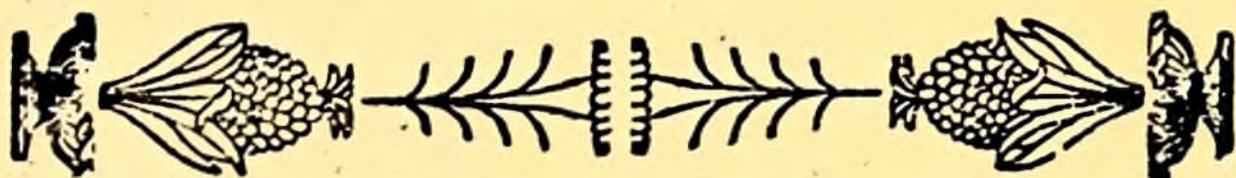
La presente compilación obedece á igual propósito; y hasta los altos magistrados encontrarán en ella estímulos para que pronto se lleve á la práctica el establecimiento de las Escuelas Normales, á cuyo fin la última Legislatura asignó en la Ley de Gastos una suma considerable.



Laboulaye encarece el sistema de las escuelas mixtas, introducido en los E.E. UU. por Horacio Mann; nosotros no somos partidarios de esta innovación, desde que la bondad de las instituciones es relativa, y atendiendo á la índole y condiciones de nuestro país, sería inconveniente su aplicación. El que quiere formarse una idea del movimiento escolar de esa gran nación debe consultar el artículo que ocupa las primeras páginas de esta publicación, el cual contiene, fuera de lo apuntado, enseñanzas tan provechosas como las que se desprenden de los demás opúsculos suscritos por autores eminentes.

Quito, Noviembre de 1899.





LA ESCUELA

EN LOS

ESTADOS UNIDOS

POR EDUARDO LABOULAYE

AMIGOS míos,
Hay un pequeño libro titulado "París en América", escrito por Eduardo Laboulaye, hoy Senador, republicano moderado, orador sencillo y ameno, que ha mostrado las más raras dotes para hacerse escuchar del pueblo francés en conferencias públicas y uno de los profesores más célebres del Colegio de Francia.

Eduardo Laboulaye es igualmente uno de los pensadores y publicistas de la época que han estudiado con más fruto la historia, legislación y costumbres del pueblo norte-americano: ha escrito una o-

bra notable sobre estas materias y luego, casi jugando, escribió el opúsculo de "París en América", que ha tenido ya más de *cincuenta ediciones* en Francia y está vertido á las principales lenguas modernas.

Esto quiere decir, que el tal librito debe contener una mina de bellas ideas y una fuente de enseñanzas saludables. En efecto, amigos míos, pocas veces se ha descrito en un estilo más ligero, con un tono más picaresco, el estado social de un pueblo, y pocos moralistas y críticos han dicho más verdades al pueblo francés comparando sus instituciones centralistas, conservadoras, opresivas y bárbaras, con las bellas y republicanas de los Estados Unidos. Ni La Bruyère, ni La Rochefoucauld, ni Montesquieu, superan, bajo ciertos puntos de vista, al amable y satírico Laboulaye. Los *Caracteres* de los dos primeros y las *Cartas persanas* del último son obras maestras de la lengua francesa: pues sería injusto que los críticos del porvenir no consideraran á "París en América", traducido á todas las lenguas, como buen compañero de aquellos libros inmortales.

Pero basta de preámbulo. He querido hacer conocer mi autor en dos palabras para que apreciéis bien la lectu-

ra que voy á hacerlos de algunos capítulos de su obra. — ¿Por dónde empezaremos? Hoy ¿no es cierto? la *cuestión* *cuestión* en Colombia, es la de *escuelas*. ¿Queréis conocer, queridos compatriotas, cómo describe nuestro amigo Laboulaye una escuela de los Estados Unidos? Queréis saber lo que es una verdadera escuela es decir, el templo donde aprenden á conocer á Dios, á la verdad y á la ciencia esos pequeños y adorados seres que se llaman niños? Pues escuchad:

“Llegamos á la calle Federal. Delante de nosotros, sobre un montecillo que dominaba la ciudad y la campiña, se alzaba orgullosamente un edificio de grandioso aspecto, un torreón cuadrado, flanqueado por dos alas. A estar en un país civilizado, hubiese dicho: “Este es el cuartel de la gendarmería, ó el palacio de la prefectura; pero en un pueblo donde no hay policía ni gobierno, era el palacio del A B C D, la escuela. Puede juzgarse una nación por sus monumentos.

—Y bien, doctor, me dijo, ¿cómo encontráis nuestro palacio de la Juventud?

—Bastante bello en el exterior, le contesté pero muy mal cuidado. Veo en aquella puerta dos muchachos de

quince años y dos muchachas de la misma edad que entran juntos; eso no es conveniente. En toda escuela bien organizada se separan los dos sexos; esta es una precaución de la que me parece que ni aún tenéis idea.

—¿Dos entradas para los jóvenes que van á estudiar á la misma sala? dijo Humbug. Para qué?

—¿En la misma sala! exclamé. Es posible? Ese es el colmo de la inmoralidad.

—No veo otra inmoralidad que la de vuestra imaginación, replicó riendo Humbug. Nuestros jóvenes, querido doctor, son honestos; entre nosotros sólo se encuentran,

Virgenes lectas puerosque castos.

La escuela es una gran familia en la que sólo hay hermanos y hermanas que se disputan el premio del estudio. ¿De dónde sacáis vuestras horribles rarezas?

—En ese caso, amigo mío, los yankees son ángeles machos y hembras.

—Los yankeess, replicó el juez, son hombres que se toman el trabajo de reflexionar y raciocinar.

—¿Y la Europa, exclamé yo, con sus veinte siglos de experiencia no es más

que una vieja caduca que no sabe lo que dice ni lo que hace?

—Querido doctor, dijo Humbug, los ingleses empezaron por burlarse de nosotros; hoy nos imitan. Antes de diez años no habrá en Inglaterra una sola escuela en la que no estén reunidos los dos sexos. En cuanto á los demás pueblos de Europa, su educación ha sido clerical por tanto tiempo, que necesitarán más de un día para despojarse de sus preocupaciones. Nosotros no educamos monjes ni soldados, preparamos hombres para la vida común. ¿Por qué no se ha de hacer de la escuela la imagen de la familia y de la sociedad?

—¡Sois unos imprudentes! Exclamé. ¡Jugáis con el fuego!

—Somos padres de familia, replicó Humbug, sabemos por experiencia que para dulcificar el corazón, formar el carácter é inspirar ideas generosas, nada vale tanto como esa comunidad de trabajo y estudio:

Emollit mores, nec sinit esse feros.

Lo imprudente é insensato es la pretendida sapiencia de la vieja Europa.

Separar á los jóvenes de las jóvenes; enseñarles desde la primera edad que

son unos para otros un peligro misterioso; turlar y excitar sus imaginaciones, y después, en el momento más difícil, arrojar de pronto al mundo hombres ardientes y temerarios, y mujeres inquietas, tímidas y sin defensa, es el último grado de locura; que vuestra gravedad me perdone, querido doctor. Vuestra educación claustral es un dique que retiene y engrosa las pasiones; nuestra educación común acostumbra á nuestros niños á amarse como hermanos y á respetarse mutuamente.

—¿Es posible, exclamé, que no os asalten á los ojos los peligros de vuestro sistema?

—¿Preguntad á nuestros maestros, respondió; no encontraréis uno que no esté orgulloso de nuestras escuelas mixtas. Esta invención es el honor de América. Hemos confiado, como siempre, en el corazón humano y en la libertad, y como siempre hemos conseguido buen éxito. En ninguna parte es tan grande la instrucción, ni mayor la moralidad que en nuestra querida escuela. La emulación entre los dos sexos es un estímulo que no tiene igual. Por niño que sea, el hombre se avergüenza siempre de ceder el primer puesto; la mujer es paciente y tiene más fácil in-

ligencia, en esos primeros estudios que nada tienen de abstractos, casi siempre es ella la primera. Pero esto es lo que menos importa de la cuestión. Las jóvenes ganan en esa escuela tanto en carácter y energía, como los jóvenes en sentimiento. Ellas aprenden á conocernos, y entre nosotros, querido Daniel, no somos peligrosos, sino mientras no se nos conoce. Respetadas las jóvenes se respetan á sí mismas; libres, conquistan el puesto que les pertenece, y por ejemplo, en los juegos, su natural prudencia las separa de sus compañeros.

En cuanto á los jóvenes, estos adquieren en nuestras escuelas esa delicadeza de sentimientos, esa política caballeresca que sólo puede dar el trato de las mujeres. ¿Hay algo más feroz y brutal que el escolar inglés, abandonado á sí mismo y á la tiranía de sus compañeros mayores? ¿Habéis leído *Tom Brown*? Eso avergüenza á la civilización. Mejor querría vivir entre los pieles-rojas que entre los escolares de Eton ó de Rugby. Entre nosotros, por el contrario, todos los jóvenes crecen juntos; á los dieciseis y á los veinte años son tan sencillas sus relaciones y tan fraternales como cuando se sentaban en los mismos bancos. Más de un matrimonio se verifica entre

antiguos compañeros de escuela, porque la amistad y estimación produce el amor y le sobrevive. La Europa, vuestro ídolo, ¿ha imaginado algo tan cristiano y tan perfecto?

—Eso es un sueño, dije.

—Entrad, incrédulo, replicó Humbug. Veréis que ese sueño es una realidad.

—Una palabra aún, le dije. Todos esos sueños son santos, convenido. ¿Pero donde encontraréis hombres capaces de educar esas falanges celestes? ¿Cuál es el maestro que puede á la vez animar la timidez de las jóvenes y dulcificar la turbulencia de los jóvenes? ¿Dónde buscáis ese fénix, que en cada escuela responde del honor y de la virtud de vuestros hijos?

—Entrad, respondió Humbug, veréis en sus tareas á Dinah, vuestra protegida, y tal vez á vuestra querida Susana.

—Estáis loco, exclamé golpeando el suelo con el bastón: confiáis á una mujer de veinte años hombres que ya tienen barbas? ¡Buen general para semejante ejército! ¡Cómo deben respetarla!

—Otra preocupación del viejo mundo, querido doctor. En un joven que ama á su madre y á su hermana, nada hay tan natural como respetar á la mujer; por el contrario, no lo sería obedecer á un

maestro que amenaza y castiga. La fuerza hace poca mella en el corazón del joven; cuanto más generoso es, más la resiste, pero no tiene defensa contra la dulzura y el cariño. En este punto desmiente también la experiencia á la antigua sabiduría, que no es otra cosa que un viejo error. Las mujeres de Nueva-Inglaterra son las que, con abnegación de misioneros, se destierran entre la corrupción del Sur, ó en las inmensas soledades del Oeste, para educar allí jóvenes almas y llevarlas á la verdad y á Dios. Nosotros tenemos maestros que no ceden á nadie; pero nuestros instructores más entendidos fracasan frecuentemente allí mismo donde una joven yankee hace maravillas. La niñez pertenece á la mujer; esta es una ley natural que tenemos el mérito de conocer y aplicar.

—Amen, respondí encogiéndome de hombros; vamos á admirar á esos tímidos corderos y á esas dóciles ovejas, guiados por una pastora tan tímida como su rebaño.

De mal humor entré en la espaciosa sala, y confesaré, para vergüenza mía, que apenas puse el pié en el santuario quedé seducido.

Encontrábame en una grande habitación en la que entraba el aire por anchas

ventanas; las paredes, sumamente limpias, estaban cubiertas de trecho en trecho con cuadros de historia natural, ó de figuras de física y de geometría. Cada niño tenía un pupitre, aislado por cuatro pasadizos que se cruzaban en derredor de él. Sentados delante de aquella mesita, que brillaba como espejo, solo, sin vecino, el escolar es su propio maestro; si es distraído, si no trabaja, sobre él cae toda la responsabilidad. El profesor, colocado sobre una plataforma, vigila aquellas largas filas de pupitres, alineadas unas detrás de otras. Vigilancia poco necesaria en un pueblo ambicioso, en el que cada cual quiere instruirse para llegar á la fortuna y al poder. Los vicios de los americanos les sirven más que á nosotros nuestras virtudes.

Dinah estaba ocupada en una pieza inmediata. La maestra de la sala grande era Susana. En aquel momento mi señora hija explicaba geometría á siete ú ocho muchachotes que, debo hacerles justicia, escuchaban como buenos niños á su amable profesora.

—Venid, querido padre, dijo Susana muy contenta, tomad ese lápiz, demostradnos las propiedades del cuadrado de la hipotenusa.

Difícil me hubiera sido hacer una de-

mostración; he sido demasiado bien educado en la Universidad de Francia para no haber oído algo de geometría, pero cuanto retengo sobre este punto es un antiguo canto, que tal vez en las cercanías de la escuela politécnica se entona aún con la música de *Calpigi*, y en el que se expresa que el cuadrado de la hipotenusa es igual á la suma de los cuadrados de los catetos.

Dejé, pues, á Susana que trazara en la pizarra el triángulo rectángulo A B C, elevar sobre cada lado un cuadrado, etc., etc., y escapé para que mi hija no tuviese que avergonzarse de la ignorancia paternal.

En una de las salitas (había ocho lo menos), Dinah preguntaba sobre los ríos y riachuelos de Francia á niños de nueve á diez años. Su memoria y conocimientos me asombraron. Si á mí, que soy francés, me hubiesen preguntado sobre los ríos de América, no hubiese podido ofrecer en cambio á aquellos jóvenes eruditos más que el Missisipi, el Hudson y el Potomac, únicas corrientes de que había oído hablar en la escuela. Es verdad que la América no nos toca de cerca, mientras que la Francia, reina de las ciencias y las artes, debe interesar prodigiosamente á los americanos. ¡Es-

ta es la admiración de los bárbaros hacia la civilización!

Después de la geografía vino la lectura en alta voz y la declamación. Un hombrecito de nueve años se levantó, y sin timidez ni descaro, nos recitó uno de los pasajes más poéticos del *Hiawatha*, de Longfellow. Aunque el joven prodigio hablaba con tono nasal, vicio común en América, nos recitó aquel trozo con bastante precisión y verdadero sentimiento; hay actores célebres que nunca se han elevado tanto.

Después de la poesía llegó su vez á la elocuencia. Un niño de expresivos ojos, se levantó, se cuadró y con animada voz entonó un himno á la gloria de América.

“Amigos y compañeros:

“Aun estáis en la infancia, y ya sois el primer pueblo del mundo. ¿Cuál es el héroe del último siglo, el hombre más grande y el mejor, el amigo de su país y de la libertad? El universo responde: Jorge Washington, un americano. ¿Quién era entonces el físico más eminente? Franklin, un americano. ¿El teólogo más sabio? Jonathan Edwards, un americano. ¿Quién es el jurisconsulto más grande del siglo XIX? El juez Story,

un americano. ¿Quiénes son los primeros oradores de nuestra época? Clay, Webster, Everett, Sumner, todos americanos. ¿Quiénes son los primeros historiadores? Prescott, Bancroft, Lothrop-Motley Ticknor, americanos. ¿Quién es el primer naturalista? James Audubon, un americano. ¿Quiénes son los moralistas más grandes y los verdaderos sabios de nuestro tiempo? Channing, Emerson, Parker, todos americanos. ¿Quién es el primer novelista de nuestra edad? La señora Beecher Stowe, una americana. ¿Quiénes son los grandes inventores? Withney, que ha imaginado la máquina de limpiar el algodón; Fulton, que ha creado el buque de vapor; Morse, que ha encontrado la telegrafía eléctrica; Maury, que ha trazado en los mares rumbos infalibles, todos americanos.

“Animo, pues, hijos de los puritanos, el porvenir os pertenece. Antes del fin del siglo seréis cien millones de hombres; y ¿qué será ante vosotros la Europa esclavizada y dividida? La naturaleza os ha dado los lagos más grandes, los mayores ríos, los puertos más hermosos; tenéis fértiles tierras y en cantidad inagotable. Vuestras minas de carbón son tan grandes como la Francia. La industria os ha dado más ferrocarriles, más bu-

ques de vapor, más navíos que tienen todos vuestros rivales reunidos. Vuestros hombres son las más valientes, los más atrevidos, los más ingeniosos del universo; vuestras mujeres son las más hermosas de la creación. ¡Animo, pues, raza bendita del cielo! el mundo es tuyo, porque eres á la vez el pueblo más libre y más cristiano”.

—Querido amigo, dije á Humbug: entre todas las virtudes que enseñáis á vuestros santitos, ¿contáis la modestia?

—Un poco de indulgencia, doctor, respondió con embarazo. Al educar á los niños no es malo esforzar algo el patriotismo. Este es el medio para que después no se sobreponga el egoísmo. Confieso, en último caso, que la vanidad es nuestro lado débil; nuestros prodigiosos adelantos nos enloquecen y nos hacen cometer más de una falta. Pero que nos arroje la primera piedra el que no haya pecado. Es cosa convenida que, por derecho de nacimiento, John Bull es el rey de los mares; y estoy seguro de que en Francia se repite en todos los tonos á la juventud que los franceses son el primer pueblo de la tierra, y que el mundo sólo tiene ojos para admirarles.

—¡Qué diferencial exclamé. ¡Francia es Francia!

—Y América es América, replicó riendo. Todos los cristianos están imbuidos de igual locura; no hay necesidad á que no se pueda arrastrar á un pueblo, gritándole con aplomo: ¡Ingleses, robad esa provincia, sois ingleses! ¡Franceses, batíos con razón ó sin ella, sois franceses! ¡Americanos, sed insolentes con Europa, sois americanos! El orgullo nacional es el capote rojo que se echa al toro nacional, cuando se le quiere hacer caer de cabeza en el lazo que se le tiende. Amigo mío, prodiguemos la educación, difundamos la luz por todas partes si no queremos que el pueblo sea engañado eternamente por los charlatanes que juegan con sus nobles pasiones y maravillosos instintos.

En aquel momento sonó el reloj: era la hora de recreo. Corrí á los jardinillos y encontré al amable Naaman, jefe de nueva milicia. Trescientos ó cuatrocientos niños estaban formados en columna; los varones á un lado y las niñas á otro. Abrieron una vidriera que daba al patio, colocaron un piano en ella, y Susana y Dinah se pusieron á tocar á cuatro manos la marcha de Oberon. En seguida se abrieron en orden las columnas, saltando, corriendo y parándose á compás, soltando y enlazando la cadena con

admirable precisión. Era aquello una mezcla de baile y gimnasia agradable á la vista: movimientos nobles, atrevidos y graciosos á la vez. ¿No era así como ejercitaban los griegos á la juventud? Por primera vez comprendí por qué contaba Platon la danza y la música entre los deberes de los ciudadanos. Estaba encantado, y á no ser por un resto de vergüenza y mi barba gris, hubiese tomado puesto con mucho gusto en aquel baile militar. ¿Por qué no había de danzar con los niños? Los espartanos lo hacían.

—Mi joven amigo, dije á Naaman, esto es encantador; mi corazón se rejuvenece con este espectáculo; pero sacadme de una duda. ¿Dónde estoy? ¿A dónde me han traído? Esta elegante casa, estas mesas de refinado lujo, estos bellos libros tan bien encuadernados, todo esto pertenece sin duda á alguna escuela particular, en la que sólo se recibe á los niños ricos. ¿Quién es el Director de este hermoso establecimiento?

—Siempre bromista, doctor, dijo el amable joven. Estáis en la escuela primaria de la duodécima circunscripción, tercer barrio. Tenemos ochenta casas de esta clase en nuestra buena ciudad de París, y os aseguro que no bastan.

—Muy bien; pero ¿cómo pueden sufragar los hijos de los pobres los gastos de esta costosa enseñanza?

—¿De dónde venís? exclamó Naaman. ¿No sabéis que la educación es gratuita? ¿No habéis mirado nunca vuestro recibo de contribuciones? Nosotros somos hijos de aquellos puritanos que, apenas desembarcados sobre la árida roca de Plymouth, abrieron escuelas para combatir á Satán, que es el verdadero nombre de la ignorancia. Lo diabólico en nosotros es la parte animal, lo divino es el espíritu. La escuela es nuestra pasión y nuestra debilidad, por eso es el artículo más pesado de nuestro presupuesto, lo mismo que la guerra ó la marina en los pueblos civilizados. Aquí, en nuestro Massachusetts, el gasto de las escuelas viene á ser la cuarta parte de los gastos generales; en el pequeño Estado de Maine forma la tercera parte; lo que vendría á ser en Francia un presupuesto de cuatrocientos ó quinientos millones.

—¡Gran Dios! pensé yo; si estos hombres no están locos, ¿qué somos nosotros?—Decidme, señor Naaman, ¿quién vota estos gastos y cómo se administran vuestras escuelas?

—El voto es comunal, respondió; el conjunto de habitantes forma la cifra del

impuesto; tal vez sea el único que aumenta siempre con aplauso de los que le pagan. En este asunto no hay partidos en América; todas las comuniones, todas las opiniones rivalizan para hacer de nuestras escuelas los establecimientos más ricos y mejor dotados del país.

—Y naturalmente, dije, cada comunión querrá dominar en ellas.

—No, replicó; talvez os asombre esto; ninguna influencia de iglesia penetra estos muros. Las lecciones comienzan con la oración dominical y lectura de la Biblia; pero no la acompaña ninguna reflexión. La enseñanza es cristiana por el espíritu de nuestros maestros; no es católica ni protestante. Aquí damos á los niños medios de investigar la verdad; les armamos contra la ignorancia; les preparamos á combatir en buena lid; la enseñanza dogmática está reservada á la iglesia y á las escuelas dominicales. De tal manera evitamos turbar estas tiernas conciencias, y acostumbramos á los niños á considerarse como hermanos de Cristo.

—Bien; ¿pero quién os responde de los maestros?

—La junta de educación, dijo Naaman, junta libremente elegida por todos los ciudadanos de la misma municipalidad, y

que sobre ella tiene á la junta central del Estado. En estas asambleas están reunidos los hombres eminentes del país. Es un honor ser nombrado para vigilar la educación; nuestros mejores ciudadanos, los Horacio Mann, los Barnard, han rehusado un asiento en el Senado federal por permanecer directores de nuestras escuelas de Massachusetts y Connecticut.

—¿Es posible? exclamé.

—¿Qué hay de asombroso en esto? replicó el joven ministro. ¿Créeis que en un país como el nuestro estamos en el caso de preguntarnos qué es lo que forma la prosperidad y grandeza de las naciones? En una república, en un Estado donde el pueblo es soberano, es preciso vencer la ignorancia ó ser muerto por ella; no hay medio. Para educar un pueblo que cree en la verdad y la ama, nuestros políticos sólo han encontrado un medio: ilustrarle, hacer del último ciudadano un hombre bastante instruído para que no le engañen, y bastante prudente para poderse gobernar por sí mismo.

—¿Y habéis resuelto el problema?

—Sí, respondió; el problema quedó resuelto el día en que tuvimos tan buenas escuelas y tan completamente gratuitas,

que no hubo un padre que se atreviera á negarnos sus hijos. Cuando la comunidad lo da todo; hasta los libros, el papel y las plumas, ¿quién sería bastante loco ó bastante malvado para no aprovechar la munificencia nacional y para condenar á sus hijos á la ignorancia y á la miseria?

—Creo, le dije, que la educación será obligatoria. Después de tales sacrificios, el Estado tiene derecho para obligar á las gentes á que se instruyan. No puede sufrir ignorantes en la sociedad.

—Hemos rechazado toda obligación, respondió el joven pastor. No porque hayamos dudado de nuestro derecho, sino por haber temido unir á un beneficio una idea odiosa. La multa y la prisión harían odiar nuestras escuelas; dejamos estas durezas para los gobiernos que dan más valor á la obediencia que al amor de los ciudadanos. Lo interesante es hacer universal la educación, y hemos conseguido este excelente fin sin tocar á la libertad. Nuestras escuelas, abiertas á todos los niños hasta la edad de dieciséis años, seducen y atraen hasta los más rebeldes. En Nueva-Inglaterra no encontraréis un ciudadano, nacido en el país, que no haya recibido nuestra instrucción.

—¡Bravo! exclamé; hé ahí lo que más honra á los cristianos de América.

—La política tiene tanta influencia en esto como la religión, replicó; hemos conseguido un resultado que sorprende á los modernos. Por la perfección de las escuelas hemos establecido, sin saberlo, la educación común, tan apreciada en la antigüedad. Nuestra enseñanza es bastante elevada para preparar al hijo del rico á entrar en el colegio; bastante sencilla para no asustar al hijo del pobre, y bastante sólida para ponerle en estado de mantener su puesto en la sociedad sin tener que avergonzarse por su ignorancia. Aquí viene toda la juventud (entended bien la palabra, toda la juventud) á aprender á leer, escribir, aritmética, geometría y dibujo; añadimos nociones de geografía, de historia, de física y de química, y no tenemos hablar á estos niños de moral y de política. Les explicamos la constitución de su país, porque son ciudadanos. Gracias á la riqueza y solidez de nuestras lecciones, el hijo del millonario viene á instruirse al lado del hijo del obrero irlandés. Allá abajo veo á una hija de Green que juega con las de una pobre frutera de la calle de los Nogales. Aquí es donde reina la verdadera igualdad, la igualdad superior,

la igualdad que eleva; aquí es donde se fomenta el patriotismo y el amor á la libertad. Formar una generación es formar un pueblo; esta es nuestra divisa, esto es lo que hace á nuestras escuelas un lugar querido y sagrado para todos.

—Todo esto es bueno, exclamé, es grande; pero perdonad mi último escrúpulo. Cuando habéis instruído á los hijos del pueblo, ¿no teméis haberles inspirado una ambición perversa? ¿No arrojáis á la sociedad hombres descontentos de su suerte, no les habéis dado deseos y necesidades superiores á su condición y que no pueden satisfacer?

—Esa es una antigua objeción que hace mucho tiempo no tiene eco en América, dijo Naaman. Si abandonáramos ciertos jóvenes al salir de este recinto, serían fundados vuestros temores; pero pensad que nuestra sociedad y nuestro gobierno son escuelas que no se cierran jamás. Por otra parte, todos nuestros hombres ilustrados se honran y tienen gusto en instruir á los ciudadanos. Ved nuestras paredes cubiertas de anuncios; no hay noche en que no se dé alguna lectura política, literaria ó científica. La luz nos inunda, es preciso ser dos veces ciego para permanecer ignorante. Al lado de esta enseñanza libre, colocad á

la iglesia, siempre activa, y esas mil reuniones en las que pobres y ricos se asociaban incesantemente para obras de propaganda y de caridad. Añadid á esto la vida política, que renueva todas las ideas y fecundiza las almas. Poned en primer rango la prensa, es decir, la palabra pública que no enmudece jamás. No hay una iglesia, asociaciones, cuerpo ó individuo, que no tenga su periódico: hasta los niños lo tienen; *Child's Paper*, fundado hace cuatro años, cuenta ya trescientos mil lectores, de los que el mayor no pasa de quince años. ¿Quién resistiría á esta marea ascendente? ¿Quién no sería arrastrado por esta oleada de la civilización que impulsa á la humanidad hacia un porvenir mejor?

—Es decir que sois un pueblo de sabios?

—No, contestó sonriendo. La erudición como las artes son el lujo de las naciones antiguas, y no le poseemos aún. Somos recién venidos y talvez necesitaremos más de un siglo antes de tener esos ocios que permiten una altura desinteresada; pero me atreveré á decir que somos el pueblo menos ignorante que alumbra el sol. Mirad en derredor vuestro; aquí no hay campesinos, sino labradores; aquí no hay operarios, sino artesanos.

nos. Cuando sale de su taller el obrero se pone levita negra y va á escuchar una lectura sobre Washington ó sobre los nuevos descubrimientos de Livingstone en Africa. Su vecino, el joyero, irá á trabajar á una escuela de dibujo ó seguirá un curso de química. A pesar de sus ennegrecidas manos, los dos son *gentlemen*; aman los placeres del espíritu tanto como podéis amarlos vos mismo. Id al Oeste, entrad en cualquier *log-house* (1) perdido en el fondo de los bosques; os recibirá la mujer del campesino y la veréis amasando pan ó batiendo leche. Esperad la noche, y esa misma mujer se pondrá al piano, hablará con voz de política, de moral y quizá de metafísica. Leer el *Cocinero perfecto*, no la impide apreciar á Emerson y gustar de Channing. No damos á todos la riqueza material, aunque el bienestar no sea más fácil de adquirir en América que en cualquier otro país; pero ofrecemos á todos esa riqueza que no teme el óxido ni los ladrones; ponemos al alcance del más pobre esos goces intelectuales que en toda edad y condición son fuerza y consue-

[1] Especie de casa construida con troncos; primera morada del campesino americano.

lo. Haciendo esto, creemos cumplir la palabra del divino Maestro y llevar los hombres hacia Dios, cultivando su talento y su corazón.

Miraba á este joven con una emoción que no podía dominar. Jamás había visto brillar sobre rostro humano tanto entusiasmo y tanta fe. Para Naaman la ciencia y la religión eran el doble nombre de la verdad; ambas le arraigaban en el corazón con igual fuerza, amaba á ambas con igual amor.

—Amigo, exclamé, me habéis vencido. Héme aquí como San Pablo en el camino de Damasco, cegado por la luz y oyendo la voz que me grita: *Es duro dar coces contra el aguijón.* Me rindo, mis ojos se abren; veo y admiro la grandeza de este país. ¡Qué vida tan intensa! El corazón, el pensamiento, todo está en acción sin impedimento, sin barrera. El hombre es dueño de sus destinos, y tiene su felicidad y su virtud entre sus manos. Aquí no hay mentira oficial, sólo la verdad reina. Aquí no hay preocupaciones ni trabas, resonando por todas partes el grito de un pueblo ebrio de esperanza. Adelante, adelante hacia un mundo en que será curada la miseria y abatida la fuerza, hacia un mundo en que reinará el espíritu. Me enorgullece ser

ciudadano de este bello país. ¡Viva la libertad! ¡Vivan los Estados Unidos! ¡Viva la gran república!

Cubrió mi voz un redoble de tambor seguido de los ecos sonoros de una charanga. Dos zuavos entraron en la escuela. El uno corrió hacia Susana y la cogió tiernamente la mano; era Alfredo; el otro me abrazó: era mi hijo Enrique.

—Padre, me dijo, los del Sur han atravesado el Potomac; Washington está amenazada; se están movilizando nuestras milicias, y se llama á los voluntarios: esta tarde partimos. Venid pronto, mi madre os espera”.

Tal es, amigos míos el bellísimo y fiel cuadro que nos presenta Laboulaye de lo que es una Escuela en los Estados Unidos. ¿No es cierto que al ver esa mágica pintura palpita nuestro corazón y se llenan de lágrimas nuestros ojos? Se trasporta el espíritu desde las riberas del Potomac hasta las del Magdalena, de Nueva York á Barranquilla; se hacen comparaciones dolorosas y se ven los prodigios que han realizado en el suelo de Norte América los vigorosos descendientes de Guillermo Peen, de Washington y Benjamín Franklin....

Mientras aquí hacíamos revoluciones y nos asesinábamos estúpidamente, allí se fundaban escuelas, se establecían millares de bibliotecas, se creaban periódicos, se construían ferrocarriles y telégrafos, se formaba una vasta y poderosa nacionalidad, comparable sólo en la historia á la República romana.

Toda la América latina, que llevaba en su seno los vicios de la raza española, agotaba sus fuerzas en luchas insensatas, mientras la América anglo-sajona no ha tenido que sostener sino una sola guerra civil para arrancar de su seno el cáncer de la esclavitud!

Amigos míos! Creedme: ha sonado la hora de nuestra redención, merced al Trabajo y á la Escuela. Las Constituciones nos han garantizado cien derechos y libertades de que no hemos podido disfrutar, porque nuestra vida política ha sido una pesadilla, un infierno! Agobiados estamos bajo el yugo de la Miseria y de la Ignorancia; pero Dios se ha apiadado al fin de nosotros, y los que, en nombre de Él (!) luchaban contra la Escuela, los que invocando á Dios herían en el corazón á la Patria, están hoy vencidos y serán impotentes para detener la marcha del Progreso.

Aprovechemos, amigos míos, este be-

neficio de la Providencia y levantemos una voz de trueno, la voz de dos millones de hombres, para pedir á los legisladores, como lo pido hoy, medidas viriles y prontas para convertir nuestras infelices Escuelas en Templos del Saber y de la Virtud.

No esperemos que el maná caiga del cielo, y trabajemos en nuestro propio bien.—Manifestemos á los gobernantes que no serán dignos del honor que les conferimos si no expiden actos que estén á la altura de las necesidades que siente el pueblo y que produzcan nuestra regeneración social.

Amigos míos! La prensa y la opinión pública gobiernan hoy, el mundo.—Queréis tener Escuelas como las de los Estados Unidos? ¿Queréis gozar de los bienes de la Civilización moderna? ¿No os entristece vivir como parias y morir prematura y miserablemente? Hablad! Escribid! Probad que sois seres inteligentes y no un rebaño desgraciado! Exigid que no se os explote y se os reclute por los políticos ambiciosos y por los partidos en peligro: que la igualdad de que habla la Constitución no sea un mito, sino una realidad: que haya Escuelas para todos y leyes militares *iguales* para todos; en fin, que esto sea *de veras* una República!

Yo cumplo mi deber llamando á vuestra puerta y recordándoos que de vosotros mismos depende el mejoramiento de vuestra desgraciada condición actual. Cumplid el vuestro! Haced manifestaciones en toda la República en favor de una organización sabia y completa de la enseñanza, y veréis que los Congresos y Legislaturas se inclinarán ante vuestro mandato soberano.

ADRIANO PÁEZ.



PESTALOZZI

EL reformador que personifica la gran revolución pedagógica indudablemente con más títulos, es el inmortal Pestalozzi. Fichte, en su *discurso á la nación alemana*, ofrecía como escuela regeneradora de su raza la escuela de este santo. Y en efecto, nadie como él ha distinguido las facultades intelectuales que en cada edad predominan, ni ha visto el camino más corto para llegar á estas

facultades y acrecentarlas en ejercicios diarios y esclarecerlas con los raudales de la ciencia. Efectivamente, si cuando el sentimiento predomina en el hombre porque su edad lo une á la naturaleza y al hogar, educáis la inteligencia; si cuando predomina, como en la juventud, la fantasía, porque el hervor de la sangre y la inquietud del espíritu le llevan á las pasiones y á los combates, en posición casi con todo cuanto lo cerca, pues necesita crearse su mundo propio; si en esta edad crítica educáis, por ejemplo, la razón, y cuando llega la edad de la razón y con ella los frutos muchas veces amargos de la vida, y se han secado las flores, y se han caído las mariposas que sobre las flores revoloteaban, os empeñáis en educar sentimiento é imaginación, haréis del hombre un ser artificioso, sin lograr el someter y amoldar á vuestra educación lo más inaccesible, lo más indócil, su recóndita naturaleza. Como los frutos pasan por la semilla, por el germen, por la flor, pasan las ideas por las sensaciones, por las nociones, antes de llegar á su incondicionalidad absoluta. Y educando en el niño al niño y nó al hombre, las facultades del niño, con símbolos á su alcance, con narraciones que le recreen y le deleiten, depositaréis en

su alma individual, con seguridad, con certeza, los gérmenes de un alma universal, de un alma humana.

¿Quién educa verdaderamente al niño en la humanidad? ¿Quién tiene ese divino ministerio? La madre. Ella es la profetisa que prevee la vida por venir, y la sibila que sondea los misterios del espíritu, y la musa que lleva al corazón las inspiraciones humanas, y la maga que llena de leyendas piadosas y suaves toda nuestra fantasía, y la sacerdotisa que levanta la conciencia á las regiones del infinito: desde el momento en que siente su hijo en las entrañas, parece como que el espíritu y la naturaleza se revelan á su mente para ayudarla en su divino ministerio; y así apropia todas las ideas á la inteligencia del niño, de la misma suerte que el ave cincela todos los agrestes objetos cogidos en su pico para formar el blando nido de sus amados hijuelos. Sabe la madre instintivamente la higiene con que ha de preservar á su hijo de las inclemencias del mundo, la medicina con que ha de curarlo en sus continuas enfermedades, la moral con que ha de sostenerlo en sus futuros combates, la literatura con que ha de embellecer sus días y con que ha de calmar sus tempestades, la religión que ha de convertirle en ser

superior á los demás séres de la naturaleza y ha de abismarle en el seno de lo infinito; cuanto necesita el pequeñuelo en sus primeros años, lo lleva su madre en la inteligencia, como lleva en los pechos su único alimento. Hagamos de la escuela una madre. Hé ahí el pensamiento de Pestalozzi.

Un hombre así no podía nacer, no podía educarse, no podía vivir sino en el seno de una república. Las ciudades republicanas son las ciudades que han contribuído en mayor grado á la educación del género humano. Volveos con los ojos del alma á todos los tiempos de la historia, y encontraréis que el género humano ha sido educado por esas ciudades. Cada una de ellas trae su tesoro á las riquezas comunes de la humanidad. Atenas, sus estatuas; Roma, sus leyes; Florencia, las artes del Renacimiento; Génova, la letra de cambio para el comercio; Venecia, la brújula; Pisa, la ley del péndulo; Strasburgo, la imprenta; todas ellas la idea. Y así es que los pueblos modernos jamás llegarían á su perfecto desarrollo si no hubiera, como grano de sal, derramado la Providencia esas pequeñas repúblicas en su seno. Todo el movimiento intelectual de Francia en el siglo XVI se perdería si no hubiera

cerca una Ginebra capaz de acoger á Calvino. Quizá la Inglaterra vuelve á ser católica, feudo de los empedernidos Eduardos; si no está cerca Holanda para crear y educar á los Oranges. Y en la vida intelectual de Alemania han ejercido poderoso influjo las republicanas ciudades de Suiza y entre todas Zurich. Allí habitaron Schelling y Fichte; allí escribieron Klopstock y Gessner; allí formó una especie de centro intelectual, de foco donde convergían muchos rayos de luz, el teólogo, el físico, el republicano Lavater; allí se educó Pestalozzi.

Más su primera escuela fué fundada en las riberas del lago de los cuatro cantones. Aquella hermosa maravilla tiene á nuestros ojos ese esplendor más en sus horizontes y esa santidad más en sus recuerdos. Una vez visto no se le olvida jamás. Al extremo norte, Lucerna con sus torres góticas, con sus pintados puentes, entre los cuales precipita el Saar sus verdes y espumosas aguas; á un lado el Pilatos, agrio, abrupto, sembrado de abismos, como si en su aridez sólo engendrara tempestades; enfrente del Pilatos el Righi, apacible, tranquilo, sembrado de florestas, de quintas como una montaña italiana cantada por Horacio ó por Virgilio; entre estos dos montes, co-

mo un anfiteatro de diamantes gigantes-
cos, la cordillera de Oberland, que refleja
y repite en los cristales de sus nieves la
eterna luz del día, y en todo el fondo, el
lago, vario, lleno de ensenadas, de puer-
tos, de aldeas que se extienden entre las
verdes praderas y los bosques de alpes-
tres pinos: espectáculo maravilloso, in-
describible, como acaso no hay otro
semejante en el planeta; pues difícilmen-
te se encuentran á tan corta distancia
contrastes tan grandes, ni en tan breve
espacio se reúnen y se conciertan de ma-
nera tan plástica lo hermoso y lo sublime.
Y cuando impedido por sus vientos, sur-
cando perezosamente la celeste superficie
de sus aguas, oís la esquila del ganado
confundida con el cántico del pastor, y
el grito del navegante con el eco de la
campana, la imaginación os transporta á
los tiempos en que aquellos campesinos
y aquellos barqueros juraron, como ins-
pirados por tanta grandeza, fundar la in-
dependencia, la democracia, la república,
y la fundaron dirigidos por Guillermo
Tell, más vivo aún que todos aque-
llos seres, más grande aún que todos
aquellos Alpes, más poético aún que
todo aquel incomparable lago, porque
su mano ha puesto allí sobre los mi-
lagros de la naturaleza los milagros

todavía mayores de la libertad.

Por aquellos sitios tan hermosos pasó la guerra de 1798, y dejó la desolación y todos sus horrores. Era el mes de Setiembre, y los franceses querían imponer una Constitución unitaria, que aquellas federales regiones rechazaban completamente. Resistencia incontrastable se organizó. Los campesinos salieron á defender sus libertades y sus hogares, como defienden las águilas alpestres sus nidos y sus polluelos; pero los franceses fueron implacables. Una cuarta parte de los salidos á cerrarles el paso quedó muerta en los campos. Los otros huyeron y se dispersaron en las selvas. Entre los cadáveres se encontraron doscientas mujeres y veinticinco niños. La iglesia fué violada, sus altares ensangrentados, su bóveda hendida por disparos de fusilería, sesenta y cinco fieles que se habían refugiado allí, ó por no poder llevar las armas ó por pedir á Dios la salvación de su patria, fueron bárbaramente inmolados, sin exceptuar ninguno. El sacerdote que decía misa cayó de un tiro al pie de su ara y de su cáliz. Toda la ciudad fué saqueada, y quinientas ochenta casas de sus alrededores reducidas á cenizas.

En medio de esta desolación, por el

mes de octubre, quince días después de la catástrofe, apareció Pestalozzi entre aquellas humeantes ruinas. Su corazón llevaba aún mayores tristezas que el suelo hollado por sus plantas. Y en verdad, el estado de aquellas regiones no podía ser más triste: aldeas arrancadas de cuajo como si por ellas hubiera pasado Ati-
la; bosques de vívidos árboles transformados en bosques de calcinados palos; las granjas, las casas de labor completamente destrozadas; los ganados, los animales domésticos ó consumidos ó dispersos; la soledad por todas partes, pues los habitantes habían huído de aquel suelo de maldiciones; las iglesias saqueadas y violadas; los cadáveres todavía en el campo, insepultos y podridos, llamando sobre sus restos las aves de rapiña. Allí, en uno de aquellos edificios medio destruídos, ahumados, sin puertas, sin cristales con manchas todavía de sangre, reunió Pestalozzi los niños hambrientos, pálidos, enfermos, llenos de llagas, tiritando en su desnudez de frío, y en su desgracia de miedo. Pero aquel Santo era como Jesús: se gozaba en rodearse de los niños, en contemplar sus ojos serenos, en beber su inocente sonrisa, en adivinar el hombre futuro que se encierra tras de aquel cuerpecito, y el futuro mun-

do que ha de crear este hombre, como una madre con sus ternezas, con sus inquietudes, con sus adivinaciones, todo para la infancia, todo para la inocencia.

Italiano de raza, tenía su alma los contrastes del suelo italiano en los Alpes, donde el Norte con sus helechos se mezcla al azahar del Mediodía y donde florece el almendro á vista de la nieve; alemán por su lengua, por su cultura intelectual, por la ciudad donde se había creado, Zurich, esencialmente alemana; republicano por su nacimiento y por sus convicciones; revolucionario ó reformador, siempre en guerra con los privilegios de las aristocracias y en adoración siempre ante el humano principio de la igualdad; criado por una madre amorosísima que le guardaba durante toda la infancia á su lado y que le infundía parte de su alma de mujer con todas sus delicadezas; casado en edad temprana con una heredera á quien arruinó en obras de caridad y beneficencia; sostenido algún tiempo en sus apuros por dos viejas criadas de la casa paterna que le profesaban un afecto maternal, íbase aquel redentor de pueblo en pueblo buscando á los ignorantes y á los pobres para ilustrarlos y para mantenerlos, adoptando á los huérfanos; tendiendo la mano, si era necesario, para

pedir limosna con qué satisfacer á los hambrientos; filósofo de acción, poeta de la vida, tribuno de la infancia hijo divino é inmortal de la naturaleza. Su libro estaba en el Universo: ninguna letra de imprenta se puede comparar con una estrella de oro; ningún poema, muerto en el sudario de sus hojas de papel, puede compararse con el poema de los Alpes cuando los dora en sus plateadas cumbres la luz del alba y el rosáceo reflejo del vespertino crepúsculo: ningún libro, ninguno, hay tan grande ni tan profundo como la conciencia humana: ninguna poesía es tan lela y tan tierna como la poesía del corazón en sus efusiones por los desgraciados, por los doloridos, por los que padecen, por los que lloran. Reunirlos en una escuela que sea amorosa como la madre, previsoras como la Providencia, santa como la Iglesia; separarlos de toda artificiosa revelación que no provenga, primero de la conciencia, después del Universo; inatar en ellos los sentimientos de privilegio, las ideas de desigualdad, las tradiciones de casta; abrir ancho espacio á cada vocación individual para que realice libremente su destino; obligar á unos á que sean maestros de otros, y á todos á que mutuamente se envíen sus ideas, como los astros

se envían mutuamente, á través de la inmensidad, sus rayos de luz; constreñirlos en la primavera y en el estío á que trabajen los campos, á que cultiven las plantas, á que siembre las flores, á que cosechen los frutos, y en el invierno, á que entren dentro del taller, y abracen y practiquen el trabajo manual, para que de esta suerte sean artesanos y labradores, y comprendan todás las asperezas y todas las satisfacciones del trabajo; formarlos en coro para que canten juntos en himnos poéticos su agradecimiento al Creador, su culto á la libertad y á la patria; convocarlos para que con el barro del jardín ó con las tablitas recortadas en sus juegos formen de relieves primero la escuela, después la aldea, después el cantón, y luego la patria, la Europa, el mundo; darles noción del número, de las denominaciones, todo por símbolos, todo por apólogos, hasta que las almas en su madurez puedan definir y clasificar las ideas; recordarles que viven dentro de la naturaleza para hermosearla, dentro de la sociedad para servirla y bajo la mano de Dios para imitarlo y repetirlo en sus obras; intentar todo esto, hacer todo esto, cumplir todo esto, sin más móvil que el bien, ni más fin que la justicia, ni más esperanza que la satisfacción de la con-

ciencia, y acaso una palabra en la historia; trasfigurarse de esta suerte y trasfigurarse á cuantos le rodeaban, era crear con la palabra el germen de un nuevo mundo social, que bien merece un recuerdo eterno y un eterno aplauso de la humanidad agradecida.

Como todos los hombres extraordinarios, fué también víctima de extraordinarias desgracias. Los católicos le perseguían en sus cantones por su origen protestante; los protestantes le achacaban olvido de todo culto; los hombres ilustres desconocían toda la verdad de aquella ciencia sencilla; sus mismos discípulos, como á Jesús, le fueron ingratos; la reacción piadosa que bajo el imperio y en los comienzos de este extraño siglo XIX se inaugura, le cerca, le asedia, le asfixia. El gran Michelet ha contado en su estilo inimitable los últimos días de este genio. No pudiendo soportar ya las tiranías de lo artificioso, las combinaciones de la reacción, la enemiga de la infame hipocresía, se fué de su último establecimiento de Iverdun á las montañas del Jura, á vivir en la inmensidad, sólo con su conciencia, con Dios y con la naturaleza, con esta trinidad misteriosa á la cual había ofrecido el holocausto de toda su existencia. Un día, teniendo más

de ochenta años, bajó á una escuela fundada según su ideal y su método; los niños de ambos sexos que debían una alma nueva á la idea de este varón justo, salieron á recibirle entonando melodiosos coros y pidiéndole su bendición. Uno de ellos se adelantó á ofrecerle sencillísima corona de encina: "Para mí nó, dijo: coronad con ella la inocencia, lo único que hay santo sobre la tierra". No; no es verdad: hay algo más santo que la inocencia, como hay algo más grande y más santo que el Paraíso acá en la tierra. Es más santo el varón que ha conocido todas las seducciones de la vida y las ha despreciado para consagrarse al cultivo de la humanidad; que ha hecho de la verdad su religión; de la caridad su amor; de la justicia su esposa inseparable; de los desvalidos, de los desgraciados, de los opresores el objeto único de sus pensamientos y de sus afanes. Esto es lo santo, eso es lo eterno, eso es lo divino en la historia. Los hombres que proceden así sufrirán en la vida, sufrirán en la muerte; pero sufrirán porque la Providencia quiere que se parezcan á sus genios hermanos en la sucesión de los siglos, que se parezcan á los mártires y á los redentores.

EMILIO CASTÉLAR.

KINDERGARTEN

LA felicidad de los pueblos y la tranquilidad de los Estados dependen de la buena educación de la juventud, la cual en gran parte es consecuencia de las primeras impresiones que la niñez recibe de los objetos y de la sociedad en cuyo seno nace. La educación, por lo tanto, debe principiar con la infancia.

Un hombre de mucha fe y de grande abnegación, Federico Froebel, consagró su vida entera al ejercicio de este arte tan sencillo como que ha de acomodarse á la tierna naturaleza de los párvulos, y sin embargo difícilísimo, pues ha de concretarse á un reducido número de preceptos explicados con acendrado cariño é inagotable paciencia.

F. Froebel nació en 1778 en Oberweissbach, pueblecito de Sajonia, donde su padre era *pastor*, y murió en 1852 en Marienthal (Wurtemberg) en la escuela normal para institutrices que había fundado.

Criado por su padre en los sentimien-

tos de la piedad más fervorosa, y testigo del abandono en que crecían los niños, en las cabañas que visitaba, hasta que cumplían seis años, concibió desde muy joven el proyecto de contribuir al bienestar de su patria, trabajando por mejorar la educación de la infancia.

Después de haber brillado como estudiante y haberse hecho notar como valiente peleando en la *guerra de independencia*, desempeñó en Berlín el cargo de inspector de un museo de mineralogía, más no por mucho tiempo. No pudo resistir la influencia de la idea fija que lo dominaba, de la manía pudiera decirse tratándose de otro que no fuera, como él, alemán y hombre de bien, y pronto renunció á todo y se resignó á vivir pobre, desconocido y hasta despreciado de todos, por tal de realizar su propósito.

Su método está basado en la observación constante de los impulsos y de las aficiones que manifiestan los niños desde que empiezan á moverse, á darse á entender y á hacerse cargo de las cosas. No conviene, dice en su obra titulada *Educación del Hombre*, contrariar los impulsos espontáneos, son fuerzas vitales que deben aprovecharse, y para ello es necesario estudiarlas, guiarlas y sustentarlas.

Los niños son como las plantas, que necesitan aire y sol para crecer, desarrollarse y florecer. No los encerremos en habitaciones estrechas, ni en patios rodeados de murallones y de edificios que dificultan la renovación de la atmósfera. Las casas en que se reúnan niños deben tener numerosas ventanas para que la ventilación sea completa; deben estar aisladas para que el sol las alumbre por todos lados, y que el ambiente se purifique á su benéfica influencia; deben tener corredores cubiertos y jardines, donde aprender ó retozar cuando haga buen tiempo.

Así era la casa en que Froebel colocó el primer establecimiento que fundó en Keilhau, y para significar la importancia que daba á su situación, en medio de un jardín, lo llamó *Kindergarten*, que tanto vale como jardín de niños.

Los *Kindergarten* tienen un gran salón para hacer ejercicio á cubierto, un jardín y muchas mesas chicas.

En las salas de trabajo hay mesitas ligeras, de cosa de un metro de largo por setenta centímetros de ancho, alrededor de las cuales se colocan cinco ó seis niños, con una de las muchachas que siguen los cursos de primer año (de la escuela normal) para ejecutar los trabajos.

que diré. En verano, los mismos niños llevan las mesas al jardín y las sitúan á la sombra de los colgadizos.

La enseñanza de los *Kindergarten* tiene por objeto preparar á los niños para la escuela de primeras letras: esto es, favorecer simultáneamente el desenvolvimiento de sus facultades físicas, morales é intelectuales.

Las físicas, por medio de ejercicios gimnásticos;

Las morales, por medio de canciones con que acompañan los juegos y por conversaciones con las muchachas que los cuidan;

Las intelectuales, aprendiendo á componer, con pedacitos de madera, figuras comunes, artísticas y matemáticas.

Ya se colegirá que niños de tres á seis años de edad no han de hacer ejercicios de trapecio ni de trampolín, sino juegos variados, combinados con las lecciones;

Al principiar y al concluir las divisiones de cada día, se reúnen en la sala de ejercicios, y se colocan en cerco.

Las muchachas que siguen los cursos de primer año de la escuela normal, se intercalan entre los niños, dejando cuatro ó cinco de estos entre muchacha y muchacha. Formado el círculo y dadas las manos empiezan á andar á la redonda,

y luego á saltar, cantando siempre en coro algunos versos. Al fin de cada estrofa hay una pausa: todos se detienen; la maestra directora del juego, manda que uno de los niños salga al centro, y que allí remede á un centinela de facción ó á un zapatero trabajando en su oficio, ó que imite el piafar de un caballo, ó que haga como el labrador cuando trilla mieses en la era, ó que finja cansancio poniendo el codo en la rodilla y la frente en la palma de la mano; y después de algunos minutos de pantomima, comienzan de nuevo las vueltas y el canto, hasta que al terminar otra estrofa se repiten la pausa y las pantomimas.

Siento no poder describir circunstanciadamente algunos de los juegos á cual más graciosos, que inventó Froebel para entretener á los niños; pero la imaginación de los franceses supondrá como son.

Quisiera, por lo menos, trasladar aquí el texto de algunos de sus cantarcillos que son, como él decía, "otras tantas semillas morales, que sembradas en los corazones infantiles se convierten con el tiempo en árboles corpulentos que producen fragantes flores y frutos imperécederos".

Froebel antepone el trabajo manual á la instrucción propiamente dicha, porque

es más á propósito que las explicaciones orales para fijar la atención de los niños. Se sirve de construcciones materiales y de descomposiciones divertidas y bien graduadas, para ir preparando su inteligencia infantil á recibir después la enseñanza gramatical, científica y artística.

Aconseja que el aprendizaje de la lectura y la escritura no comience hasta que los niños de por sí lo apetezcan; é indirectamente procura despertar en ellos el deseo de aprender.

Por la misma razón quiere que á los niños se les inspiren sentimientos religiosos, hablándoles de las bellezas de la naturaleza que los rodea; haciendo que comprendan y admiren los efectos antes de mencionarles su causa invisible.

Por último, puesto que nuestras ideas adquieren más claridad y precisión cuando las contraponemos á las de otros, conviene que cuando los niños hayan arreglado alguna figura (de las que diré luego) la repitan en posiciones simétricas para que el contraste haga más perceptibles sus diversas propiedades.

Hé aquí los tres principios fundamentales del método de Froebel:

1º Fijar la atención de los niños, ocupando sus manos.

2º Educar sus sentimientos, hacién-

doles notar las maravillas de la naturaleza, y

3.º Rectificar sus ideas, por medio de contrastes.

El curso de la enseñanza comprende tres años; de los tres á los seis de edad.

En el primero se entregan á los niños cuatro cajas que contienen cubos (exaedros) de madera.

El segundo año se les dan tres cajas *de matemáticas*, que contienen superficies, reglas planas, barritas rectas y segmentos de círculo de alambre.

El tercer año, una caja mayor, con papel blanco preparado, papel de color, una aguja de madera, una aguja común de hierro, y madejas de hilo y seda de diferentes colores.

PRIMER AÑO.

Niños de tres á cuatro años de edad.

Repartidos los niños en grupos de cuatro ó cinco, cada grupo se sienta alrededor de una de las mesitas de que antes hice mención, llevando cada niño una caja que contiene ocho cubos iguales de madera; que colocados juntos forman un cubo.

La maestra que preside la lección ó

más bien la diversión instructiva, se dirige á los niños:

“—Vamos á ver, Pablo, ¿cuántos pedazos tenemos? Cuenta.... Y tú, Luis, cuenta para ver cuántos son los tuyos.... Tú Juan, mira tu montón.... Veo que todos ustedes tienen el mismo número. Ocho pedazos cada uno. De modo que ocho pedazos juntos puestos así hacen un cubo. Esta figura se llama cubo”.

Y hablando la maestra y jugando con los cubos entretiene á los niños por espacio de un cuarto de hora, refiriendo alguna historieta moral é interesante.

Mientras dura la conversación va construyendo, con los cubos pequeños [fragmentos de los cubos mayores] figuras que imitan una silla, una escalera, ú objetos que los niños reconocen y tratan de copiar.

Otro día ensaya formar una iglesia, una cruz, un banco, contándoles siempre algo que pueda relacionarse con los objetos que trata de imitar con los cubitos, é incitando á los niños á que hablen de lo mismo.

Después de haber reproducido objetos usuales, inventan combinaciones artísticas, para promover las disposiciones estéticas, colocando los cubitos de mane-

ra que presenten combinaciones simétricas.

Primeramente sirve el cubo grande, compuesto de ocho cubos chicos, como ya he explicado, para hacer figuras y después para aprender á contar.—Vean ustedes, les dice la maestra, esto es una mitad, y esto es la otra mitad. Estos dos son dos cuartas partes, etc.—Y por ese estilo les va dando ideas de números.

Los pormenores que preceden pueden servir de muestra de las lecciones, que todas siguen el mismo orden:

- 1.º imitación de algún objeto usual,
- 2.º invención de formas artísticas, y
- 3.º ejercicios de cálculo y construcción de figuras geométricas.

Las lecciones duran media hora, y á la conclusión de cada lección hay ejercicio corporal y carreras por el jardín.

Cuando los niños están perfectamente familiarizados con las combinaciones á que se presta un cubo, dividido en ocho cubos iguales, les dan otro cubo, también dividido en ocho partes iguales. Pero las fracciones de este segundo cubo no son cúbicas: son paralelepípedos, iguales —todos de la misma altura—y todos con la misma base que el cubo formado por la superposición de los ocho paralelí-

pedos. Con esto se imitan puertas, fuentes, etc., etc. [1].

[A las dos cajas ya dichas se agrega más tarde otra, en que el cubo, igual en tamaño á los anteriores, está dividido en veintisiete cubos menores iguales entre sí; y por último, otra caja con otro cubo subdividido en veintisiete sólidos desiguales entre sí. Se ve que el número de combinaciones á que dan lugar es infinito, y se presta á explicaciones instructivas].

SEGUNDO AÑO.

Niños de cuatro á cinco años de edad.

Es imposible, sin el auxilio de las láminas que usa M. Baudouin, traducir su explicación de un modo inteligible; ni aun se puede dar idea clara del método de enseñanza sin las láminas.

El segundo año, con los alambres rectos y curvos, se hacen figuras más complicadas.

[1] J. M. Baudouin. Informe relativo al estado actual de la enseñanza primaria y especial en Bélgica, Alemania y Suiza.

TERCER AÑO.

Niños de cinco á seis años de edad.

A las formas se unen en este año los colores. Combinaciones de forma, de número y de color. A la conclusión de este tercer año cuentan los niños y dibujan. Entran en la escuela primaria perfectamente preparados para empezar á aprender escritura, lectura, y aritmética; y, sobre todo, ya han empezado á pensar y á discurrir.

J. G. DEL C.

Discurso Modelo

CREEREMOS, Señores, que el acto que se está cumpliendo en este momento es uno de esos episodios vulgares que llenan diariamente la vida, sin más significación que la del tiempo en que se verifican, ni más importancia que la del entretenimiento? ¿Pensaremos que la atención que á esto concede-

mos es un regalo de nuestra benevolencia, una concesión que hace la gravedad de nuestro carácter, porque para el filósofo, para el pensador, para el hombre de estado, hay asuntos más serios en que ocuparse y especulaciones intelectuales de más alto linaje que reclaman preferentemente toda la energía del esfuerzo y la consagración absoluta de las facultades humanas? Pues yo os digo que si tal hemos pensado, nos equivocamos soberanamente.

Estamos asistiendo, quizá sin saberlo ó sin sentirlo, al acto más solemne de nuestra vida social, porque estamos sembrando en esas almas vírgenes la semilla del porvenir que lleva en su seno los destinos de la civilización y la suerte de nuestra felicidad.

Como si descendiéramos á las entrañas de la tierra, á sorprender los secretos de la germinación, y seguir con mirada reflexiva las transformaciones, creadoras del grano productor; así hemos presenciado el desarrollo de la idea y del sentimiento en estos espíritus que se forman, en estas almas que elaboran, en estos corazones que se preparan.

Pero nada hay aquí que revele la gravedad que le atribuye el acto. El Local no es extenso, las paredes están des-

nudas, no hay aparato de solemnidad; la concurrencia, si bien escogida, no es numerosa; fuera de los que aquí nos hallamos quizá, la ciudad entera ignora la existencia de esta reunión privada. ¿Qué hay allí? Cuatro madres traídas por el amor, que con el pecho conmovido y los ojos húmedos, se apacienta deliciosamente en la vista de sus hijas; ¿más acá? cuatro hombres de esos que hacen,—el bien por instinto, y no saben lo que hacen—¿qué más hay? cincuenta niñas que juegan distraídas, y que no oyen siquiera mis palabras, y que sonríen prolongadamente á fuerza de inocencia. Eso es todo. Pues yo os repito que en esta aparente futilidad de las cosas se está elaborando con austera solemnidad el porvenir, se está jugando la suerte de la sociedad y los intereses más graves de la civilización venezolana. ¿Por qué? por una sola cosa, porque estamos enseñando. Un día apareció un hombre sobre la tierra, con una empresa sobre la mente y en la voluntad, que á fuerza de extraordinaria aquella, era una temeridad y á fuerza de desvalido él, una locura. Pretendía conmover el mundo entero, cambiar los fundamentos de la sociedad, modificar de una manera radical las relaciones de los hombres entre sí, conquistar

el Universo, y crear una nueva civilización, destruyendo para eso, la que existía, edificada por el esfuerzo de innumerables generaciones, y con la sanción de muchos siglos. Pretendía más: sabía que había de luchar con todos los reyes y poderosos de la tierra que se coaligarían contra Él, y se lisonjaba de que Él solo los vencería. No contento todavía con lo temerario, concibió lo imposible: echar por tierra las divinidades de los pueblos, y sustituirse Él en el culto y la adoración de todas las gentes. ¡A tanto llega la locura humana! ¿Cómo había de llevar á cabo tan estrafalaria tentativa un hombre oscuro, sin prestigio de familia, sin armas, sin riquezas, sin ejércitos, sin aliados, pobre, desnudo, perseguido y calumniado?.... Llamó un día á unos pocos hombres, tan oscuros y desvalidos como Él, sembró en su alma la semilla de la idea, y al imponerles la consigna de ir á conquistar en su nombre el Universo, ni les dió legiones, ni equipó navíos; esta fué él arma única pero formidable que les dió: *Docete omnes gentes*,—Enseñad á todas las gentes;— y conmovió todo el mundo, y aterró á toda la sociedad antigua, y creó una nueva civilización, y venció á los reyes, y triunfó sobre los orbes y se hizo adorar

de las naciones. Y, hace diecinueve siglos que sigue triunfando, porque sus discípulos siguen enseñando.

¡Qué errados andan los hombres del hierro y del fuego, que se inspiran en el puñal y hacen alianza con el cañón! ¿Qué se han hecho las conquistas de la fuerza, las fundaciones de la espada, los imperios que han creado los ejércitos? ¿Dónde están aquellos cuatro imperios que creyeron que habían llenado el mundo? ¿Dónde están los Persas, los Asirios, los Griegos y los Romanos? Ilusiones de la historia, vanaglorias del pasado; el mapa no los conoce: son nombres mitológicos. Enumerad todas las grandezas que hacen el orgullo de la violencia y yo iré devolviéndooslas en polvo y ceniza. A vuestro turno, mostradme una sola ruina en los campos conquistados por el pensamiento; decidme, ¿cuándo cayó la verdad? ¿En qué sitio fué vencido el verbo? ¿Cuándo se hicieron los funerales de la idea? Yo la veo, por el contrario, allá en los confines de la eternidad, precediendo al tiempo, atravesar como el rayo de Jove las inmensas soledades del caos y crear mundos infinitos, iluminar todos los espacios, engendrar el tiempo é imprimir á todas sus obras el sello perdurable. Yo la veo na-

vegando en medio de las tempestades, atravesar serena los reinos del trueno y las entrañas del torbellino; flotar inmaculada sobre mares de sangre airada que intentan devorarla, y viajar por todo el mundo rompiendo las cadenas de los esclavos, derribando los cadalzos, protegiendo el derecho, redimiendo la justicia, salvando la virtud y enseñando la libertad. Sí: es cierto: vosotros la habéis encontrado andando los caminos del martirio, cargada con las cadenas del cautiverio, bebiéndose las lágrimas del destierro, y subiendo penosamente, con paso trabajoso y cansado, la cuesta de los dolores y del ultraje; pero esas son las armas de su batalla, porque pugna para resistir, combate para vencer. Lucha y se desangra; pero triunfa y resplandece.

Las Milicias de la idea: esas son las que conquistan. Las insurrecciones del pensamiento: esas son las que avanzan con paso formidable, ánimo entero y pujanza irresistible. La enseñanza que ilumina el espíritu, y ablanda el corazón: esa es la disciplina de la civilización que forma los ejércitos, siempre victoriosos, del progreso.

La enseñanza es aquella gran palanca que había de levantar el mundo, y su

punto de apoyo es la mujer.

La mujer es la cuna del hombre, más por la creación moral de sus sentimientos y pasiones, que por la física de su naturaleza corporal. En los moldes de su alma se funden los espíritus, como se forman los cuerpos en sus entrañas; y es incalculable el número de inspiraciones y de instintos que bebe el niño en el dulce alimento de su infancia.

La sociedad encuentra al niño hecho joven, con el camino de sus predilecciones trazado, y el cúmulo de sus instintos constituyendo de por sí un modo de ser resistente á toda modificación ulterior: las leyes los toman hecho hombre, con una conciencia propia que ha venido elaborándose en la lenta y perseverante escuela de las inspiraciones que soplaron sobre su alma desde la aurora de la vida; ¿qué poder han de tener las leyes y la sociedad para ajustar á su medida naturalezas que tienen ya otra forma ó expansiones que se desbordan en ímpetus acostumbrados?

De aquí el desequilibrio entre las costumbres y las leyes que produce la perturbación de los Estados, la parálisis del progreso moral de los pueblos y la ruina de las sociedades.

La educación de la mujer es el tipo de

la cultura y moralidad de las naciones; el termómetro de su civilización. La sociedad que quiera vivir la vida del bien y del reposo, del honor y de la felicidad, deje en paz los Códigos, no se afane inútilmente en las luchas estériles de la plaza pública, penetre con planta cuidadosa en el santuario misterioso del hogar, sorprenda el secreto de ese inefable laboratorio del destino social de las criaturas, y ponga el germen de la virtud y de la idea en esa fuente primitiva donde beben todas las generaciones.

¿Por qué hemos de negarlo? ¿Por qué la soberbia de la filosofía humana y la altivez de nuestro sexo, se han de obstinar en no reconocer lo que la filosofía divina y la misma naturaleza tienen sancionado como verdad evidente:—La influencia decisiva de la mujer sobre el destino del hombre?

Dos grandes acontecimientos de la más alta trascendencia en la vida del género humano, llenan por sí solos toda su historia; su caída y su rehabilitación: ambas son obras de la mujer. Una lo perdió con la engañosa seducción de su belleza y la dulcísima tiranía de su encanto: otra lo salvó con el bálsamo de su pureza y el perfume de su virtud. ¿Por qué no queremos leer en estas su-

blimes enseñanzas que sólo la mujer pierde ó redime? Si es madre, habla y enseña; si es hija, sonríe y subyuga; si es esposa, llora y persuade; pero siempre seduce, siempre domina, siempre impera con absoluta soberanía sobre el corazón y la voluntad del hombre.

Cuando queráis difundir una idea en la humanidad, ponedla como germen en el pensamiento de la mujer, así como ponéis el grano de mirra en el incensario para llenar de aromas el ambiente. Eduquése el alma de la mujer, ame el bien para enseñarlo y la justicia para inspirarla, y el hombre será bueno y la sociedad será justa.

Decidme ahora ¿tiene el filósofo, tiene el pensador, tiene el hombre de Estado problema más temeroso, y más serio que este que resolvemos aquí;—la educación de la mujer, en que están vinculados los más graves intereses del hombre y de la sociedad?

Pero al mismo tiempo (y á vosotras me dirijo), ¿hay responsabilidad más severa que vuestra responsabilidad? Gran poder impone gran deber; por eso es indeclinable la obligación que tenéis de buscar la verdad y purificar el sentimiento, ya que sois la columna de fuego que se-

ñala el rumbo en la peregrinación de la vida.

Esos premios que engalanan vuestro pecho é iluminan de alegría vuestro semblante, no son más que símbolo y figura de otros que habéis de alcanzar más tarde en las luchas más austeras, y con afanes más dolorosos. También los llevaréis entonces al pecho; pero no ya visibles á los ojos de la vanidad, ni de este miserable oro de tierra, sino allá en las regiones clarísimas del alma, en el tabernáculo de la conciencia, hechos de satisfacción humilde y paz bendita, que es el oro del cielo. Esos los habéis recibido porque sabéis concertar las palabras y construir las oraciones; los otros los recibiréis cuando concertéis los Deseos con el Deber y las aspiraciones con el honor. Esos los habéis recibido porque sabéis multiplicar los números y dividir las cantidades; los otros recibiréis cuando multipliquéis vuestras gracias virginales por el factor de la virtud triunfante, y dividáis vuestro pan con el necesitado. Esos los habéis recibido porque sabéis encontrar en el mapa las cordilleras de la tierra y las costas de los mares; pero serán de precio inestimable los que alcanzaréis en el estudio de la geografía moral de la vida con sus golfos de engaño,

ensenadas de perfidia, arrecifes de perdición, llaves de dolores y mares inmensos de deseos en que cada ola es un peligro: cuando sepáis encontrar las costas de la resignación donde se guarece el alma combatida, las altas montañas del Cristianismo, donde se purifica el corazón culpable.

Señores: no puedo terminar sin expresar un recuerdo que me está llenando él solo la memoria y quiero repetir para ello mis propias palabras.

Siento una veneración tan profunda que es casi un culto por el varón generoso y noble que fundó con sus cuantiosos bienes este hogar intelectual para dar asilo á las expósitas de la pobreza, cuya alma iba á perecer á la intemperie de la ignorancia, lejos del dulce calor de la instrucción y de los suaves resplandores de esa religión divina que alumbra todos los caminos y apoya todas las debilidades. Como el ave aterida, que, fatigada de cruzar la inmensidad del espacio y las nieblas del invierno, se posa al fin sobre el árbol que la sostiene en sus ramas y la abriga con sus hojas, así reposa el espíritu sobre estos nombres queridos para descansar de la decepción y del engaño.

Id, niñas, corred todas en tropel á cojer flores en el campo, húmedas toda-

vía con el rocío de la mañana; llenad con ellas vuestro sendal y derramadlas con mano cariñosa sobre el mármol de aquella tumba don le está muerto vuestro bienhechor. Arrodillaos todas al rededor de su sepulcro, levantad al cielo vuestras manecitas de rosa, y entonad en coro una plegaria al Dios del bien. Cuando los niños ruegan, Dios oye, bendice.

EDUARDO CALCAÑO.



Juan Amós Comenius

JUAN Amós Comenius, Obispo moravo, fué uno de los más eminentes reformadores de los comienzos del siglo XVII. Su educación había sido descuidada en la juventud, pero tan pronto como principió á estudiar hizo rápidos progresos.

Sus ideales durante la vida fueron: "buenas escuelas, buenos libros de texto y cultivados métodos." En 1631 publicó un nuevo método para enseñar el latín,

que despertó tanta atención, que lo tradujeron en varios idiomas *Janua Linguarum Reserata*, un honor muy raro en aquellos tiempos. Prueba que el mundo estaba ansiando por nuevos y mejores métodos. Recibió una invitación para ir á reformar las escuelas de Suecia, pero la rehusó. Por su segunda obra, también notable, fué llamado "el gran didáctico". Sus amigos de Inglaterra la hicieron publicar allí, y poco después recibió otra invitación para ir á reformar las escuelas inglesas, la que aceptó. Debido á las revueltas de Irlanda, y á la guerra civil que entonces estalló, su estada fué corta y su trabajo limitado. Recibió una segunda invitación para ir á Suecia, la que aceptó, trasladándose á Estokolm en 1642. Permaneció allí cuatro años, durante los cuales publicó su *Novissima Linguarum Methodus*. Volvió á su país natal, y recorrió la Hungría y la Transylvania, durando su ausencia cuatro años.

En este intervalo escribió su *Orbis Sensualium Pictus*, considerado como el más afamado de sus libros. Dicen que es la primera obra publicada con ilustraciones. De conformidad con las ideas de Comenius, cada página llevaba uno ó más grabados, relacionados con el texto.

Poco después, su casa, que contenía todos sus libros y manuscritos, se quemó, y, viéndose en edad avanzada, perdió la esperanza de reemplazarlos. Concluyó por radicarse en Amsterdam, en donde murió en 1671.

Teólogo y escritor abundante, su fin no era el estudio en vista del brillo exterior, sino únicamente para desarrollar la inteligencia. Era enemigo de todo método que consistiese en rellenar la mente con palabras sobre cosas, salvo que el alumno tuviera el conocimiento de estas mismas cosas.

Su método en la escuela era:

“Dar en la base y desarrollar las facultades mentales”. Su sistema de educación se componía de siete clases, debiendo los alumnos principiar los estudios á los diez años y terminarlos á los diez y siete. Los tres primeros años se dedicaban á los estudios elementales ó primarios, y los demás á estudios *reales* sobre otros grados de enseñanza. La geometría, en cuanto se refiere á los puntos y líneas, debía enseñarse en primer año; la geometría plana en el segundo y los sólidos en el tercer año.

Se debía principiar el griego al cuarto año, y estudiar los autores latinos al quinto año con el fin de adquirir un buen estilo.

Se agregaba á estas materias el catecismo, la escritura, la aritmética, la música. Se debía dedicar una hora semanal á la lectura de los periódicos corrientes, para estar en contacto con los acontecimientos del día y hacer estudios prácticos de geografía. Creía que todos los alumnos, sin excepción, debían cantar y fijó un determinado tiempo para la música coral. Favorecía la gimnasia y proveía representaciones dramáticas, pensando que por medio de éstas los muchachos aprenderían á desempeñar bien cualquier papel.

En su opinión, las paredes del salón de escuela debían ser adornadas con cuadros y divisas referentes á los trabajos de clase. La escuela debía tener una especie de organización republicana, con un Senado, un Consejo y un Presidente elegidos. Determinaba seis horas para el estudio, de las cuales tres por la mañana. Una media hora de descanso por dos horas de estudio. Nunca se hizo un ensayo práctico del sistema. Sólo se establecieron en Hungría las tres clases inferiores; las cuatro superiores no quedaron sino en proyecto.

Los principios de Comenius eran religiosos. Dios es la base. En la vida del hombre hay tres factores: el animal, el

vegetal, el intelectual. El primero está dentro del cuerpo, el segundo se extiende fuera del cuerpo y tiene por límites los sentidos; el tercero puede no tener relación con el cuerpo.

El hombre debe conocer todo, inclusive a sí mismo, y referirlo todo al Creador. Resume toda su doctrina en tres palabras: ciencia, virtud, piedad.

Elas existen en nosotros por naturaleza, y cuando estemos unidos con Dios, lograremos ser criaturas humanas llegadas á su perfección.

Hé aquí las máximas de Comenius:

I. Emplear modos suaves. Ningún castigo corporal, ninguna severidad, ninguna coerción. El niño debe educarse de un modo bondadoso y espontáneo.

II. No hay que descansar sobre los demás ni confiarse á la mera memoria.

III. Ningún trabajo penoso, pero sí tareas fáciles, naturales, agradables, apropiadas: cuatro horas por día bastan para la tarea escolar.

IV. El orden de la escuela debe ser una copia del orden de la naturaleza. Hay que seguir en todo la naturaleza.

Principios.—En los principios que sienta, continúa obedeciendo las enseñanzas de la naturaleza, y funda todo éxito en la imitación de sus ejemplos.

1. La naturaleza hace todo en tiempo oportuno.

2. La naturaleza prepara el material para sí misma, antes de darle forma.

A la forma precede la materia.

En la escuela, á las palabras preceden las cosas.

Comenius insistía mucho en instruir la inteligencia antes que sea necesario el discurso, y decía que el idioma no se debe aprender en una gramática, y que los ejemplos deben preceder las reglas.

3. La naturaleza toma para sus operaciones un objeto apropiado ó, por lo menos, cuida de que llegue á ser apropiado.

4. La naturaleza no tiene confusión en su obra y hace las cosas sucesivamente con un método perfectamente definible.

5. La naturaleza principia todas sus operaciones interiormente y las aplica exteriormente. Se debe cultivar primero la comprensión y después la memoria.

6. La naturaleza principia todas sus operaciones por generalidades, y después procede á especializar. La concepción ó idea del conjunto debe preceder los detalles en la enseñanza de los objetos reales, pero no es posible adoptar este sistema en la enseñanza del idioma.

7. La naturaleza procede con insensibles gradaciones, y en el lugar apropiado; todo lo hace á debido tiempo. No se debe omitir nada de lo que se debe hacer en el debido tiempo, y no se debe poner nada en un orden falso.

8. La naturaleza no descansa hasta que haya completado la tarea que le ha sido impuesta.

9. La naturaleza evita cuidadosamente todo lo que es contrario á sus operaciones ó las puede entorpecer ó dañar.

Leyes.—Para el fácil desempeño de la tarea, Comenius sentaba las siguientes leyes:

1. Principien temprano.
2. Preparen la mente.
3. Procedan de lo general á lo particular.
4. Principien por lo fácil para llegar á lo difícil.
5. No sean demasiado exigentes.
6. Procedan con lentitud.
7. No violenten nada, sigan los deseos espontáneos.
8. Todo por medio de los sentidos.
9. Todas las cosas para el empleo inmediato.
10. Todas las cosas de acuerdo con el plan general.

Comenius creía que la instrucción ge-

neral debía ser tal, que nada de insignificante ocupara la mente del alumno. No se le debía ofrecer nada que no fuera ventajoso. Todos los estudios debían fundarse en la enseñanza precedentemente adquirida. Todos los programas debían estar en verdadera relación con las diferentes partes de la mente.

Proclamaba que:

1. La naturaleza no principia nada de inútil.
2. Ni omite nada de provechoso.
3. Nada se desarrolla sin una raíz ó base firmemente colocada.
4. La naturaleza nunca descansa ni tiene que desechar cosas que no utiliza, pues nada es inútil, todo tiene un efecto provechoso, todo está unido.
5. Un frecuente ejercicio fortifica todas las partes de la naturaleza.
6. Nada está quieto en la naturaleza; todo está en movimiento, y la vida existe en este movimiento.
7. La muerte es el principio de una vida nueva.

En sus escritos, Comenius parece abarcar todo el campo de la enseñanza. Enuncia verdades y principios de educación, que deben aceptarse en todo tiempo.

DISCURSO

DEL PRESIDENTE JOHNSON

*A los niños de las Escuelas Dominicales
de Washington.*

EL 29 de Mayo de 1865, se celebró el aniversario vigésimo noveno de la Unión de las Escuelas Dominicales de la ciudad de Washington. Estaban presentes más de cinco mil niños acompañados por setecientos maestros y ayudantes de escuelas. El día estaba resplandeciente y bello, y los niños estaban reunidos en los puntos que se les había asignado á cada escuela con sus banderas y emblemas, sobre los cuales estaba escrito el nombre de cada escuela, y sentencias tomadas de la Escritura, con adecuados lemas y divisa; todos limpia y elegantemente vestidos, presentando este conjunto una escena que no podía contemplarse sin extremo placer. Es este un día desde largo tiempo esperado con placer por los niños. No sólo éstos, sino también los padres, maestros, pasto-

res, y en general todos los amigos de las Escuelas Dominicales, sienten un cierto orgullo en la celebración de estas fiestas anuales.

La primera y segunda división se reunieron á una hora matutina en la plaza de Lafayette, desde donde marcharon por el frente de la casa del Presidente Johnson, quien se presentó á la puerta, y fué aclamado por los niños, á medida que desfilaban. Durante la marcha cantaban 'La Victoria al fin', un himno patriótico. El Presidente á más de vivas recibió una lluvia de *bouquets* de flores, que, después de llenar su sombrero, fué preciso traer una cesta para contener estos dones floreal-s. Dirigióse la procesión al White House, donde después de haberse reunido las escuelas, el Presidente tomó posición al frente de la reja exterior, y dirigió la palabra á los circunstantes. Un poco antes de comenzar, una banda de niñas fué colocada en esplanadas á sus costados y detrás, mostrándose muy complacido de verse rodeado de niños.

Si se tiene presente el origen oscuro y la pobreza de los padres del Presidente Johnson, y el camino seguido desde su niñez hasta la Presidencia, desde las más humildes posiciones, se comprenderá la

gravedad de los pensamientos que emite y la realidad práctica de sus consejos, como estímulo para que los niños estudien.

El Presidente dijo, que creía que el objeto de aquella exhibición sería mostrar cuántos niños habían reunidos en buenas escuelas. Esta era su fiesta anual, y habían venido á la casa que se llamaba Mansión del Ejecutivo, con el objeto, á lo que creía, de tributar su homenaje de consideración al Primer Magistrado de la Nación. Y esta vez tocábalos tributarlo á uno que sabía estimar demasiado bien la condición de los niños pobres y oscuros. Siempre había sido opuesto á la idea de exigir de las personas más de lo que buenamente pueden, y esto le serviría como proposición general para dirigirse á los niños y niñas que le hacían el honor de visitarlo. Era contrario á la idea de deificar y canonizar nada que fuese mortal; pero siempre debía apreciarse el verdadero mérito, perteneciera á quien quiera. Cristiano, hombre de Estado, ó filántropo. Que si en algo reposaba el fundamento de su creencia, era que todo debía hacerse con la aprobación de Aquel que dirige los sucesos y los destinos del mundo. A estos niños, á quienes más bien debía llamar sus hi-

jos, sus hijitas, les diría que deseaba que supiesen apreciar las diferencias entre el mérito y el demérito; y que él dirigiría sus observaciones tanto á los que se hallaban en felices circunstancias como á los que ocupaban una posición más humilde.

A los que de mayores ventajas gozaban, les diría: "no os pongáis engreídos porque vuestros padres pueden proporcionaros lindos vestidos, ó educaros mejor". Deben persuadirse que ni sus padres ni sus maestros pueden educarlos por sí mismos. Cualesquiera que vuestras ventajas sean, sois vosotros mismos los que debéis hacer vuestra educación. Padres, maestros y ventajas prodigadas, son simplemente los medios puestos en vuestras manos, para que con ellos os tracéis vuestra carrera en la vida. Pero no os creáis nunca superiores á vuestros humildes compañeros y camaradas. En lugar de tratar de humillarlos, y bajar más todavía su condición, vuestro orgullo debía cifrarse en elevaros á vuestra propia condición. Algunas veces vendrá alguno envuelto en harapos y cubierto de mugre; pero debajo de esos andrajos sucios, puede muy bien ocultarse una joya tan brillante como la mejor conocida, y ese humilde individuo desenvolver

lo que vendría á ser tan brillante ornamento, como las joyas de la corona de un rey.

Todos debieran saber esto, y más todavía; que aun aquellos que carecen de medios pueden al menos hacer un esfuerzo para llegar á ser buenos y grandes. En esto él (el orador) era un socialista, en el sentido de elevar y estimar á todos en proporción á sus virtudes y méritos. Debiera ser el mérito intrínseco la base sobre la cual reposase todo. No quería hacer descender á nadie, sino elevarlos á todos—nivelarlos por arriba y no nivelarlos por debajo. Siempre había creído que la gran masa del pueblo americano podía ser elevada. Si todos llegasen á elevarse, nosotros seríamos la más grande y excelsa de las naciones de la tierra.

Hijos é hijitas mías: prestadme atención, mientras os digo, con sencillez y verdad, que si yo pudiera enseñaros algo y llevar á efecto inmediatamente lo que tendiese á la elevación de todos vosotros, estaría más orgulloso de ello que de ser cuarenta veces presidente. (Aplausos).

Allí está la Mansión Ejecutiva, y allá el Capitolio de una gran nación; y vosotros reputáis personas sublimes y grandes á aquellas que hacen y ejecutan las

leyes. Pero pensadlo un momento. Vosotros sois la cosecha que se signe después de nosotros. Todos esos monumentos y todo este Gobierno, pasará un día á vuestras manos, y será vuestra propiedad; y tendréis que poner en ejercicio y dar fuerza á los principios de gobierno, de religión y de humanidad. Que todo niño hijo de su madre (risas), considere que cada uno ha nacido candidato para la Presidencia (risa y aplausos). ¿Por qué no comenzar pues desde ahora, á educaros para la Presidencia? Y diría á las niñas, que si bien ellas no pueden aspirar á la Presidencia, cada niña puede sentirse candidata para esposa del Presidente; y cada uno, por tanto, varón ó mujer, debe comenzar desde ahora á calificarse moral, intelectual y socialmente para el desempeño de funciones tan altas.

Y ya que toco este punto debía añadir que los maestros ocupan posiciones llenas de responsabilidad. Es el maestro el que en mucha parte amolda el alma del niño, y de aquí viene la grande importancia de tener buenos maestros, especialmente para los párvulos, á fin de que instilen en sus almas los fundamentos de una buena educación.

En cuanto á religión ha llegado ya el tiempo en que la primera pregunta sobre

una persona, debería ser, ¿es una buena mujer? es un buen hombre? Si son buenos poca importa saber á qué creencia ó iglesia pertenecen. No hay verdadera grandeza sin bondad; y todos debieran recordar las palabras de Pope.

Bajo instituciones tales como las nuestras, el que desempeña bien su parte, y desempeña bien todas sus obligaciones, tarde ó temprano ha de ser debidamente apreciado y recompensado por sus vecinos y por la nación.

Echando una mirada sobre los niños, y sobre los grandes también, el que hablaba no podía dejar de pensar en la grave responsabilidad que pesaba sobre los que crían niños, principalmente las madres. El orador se refirió entonces á las madres romanas de los antiguos tiempos, que tenían á orgullo infundir nobles ideas en el alma de los que más tarde habían de ser hombres distinguidos. Como ellas, cada madre de nuestros tiempos, debiera sentir que son sus hijos sus más preciosas joyas. Debieran educarlos de manera que fuesen de la mayor utilidad á sus semejantes, y esto depende del modo cómo son dirigidos desde su infancia. Las hijas debieran ser educadas y preparadas para las altas funciones de esposas y madres. Y mucho en este mun-

do depende de la mujer. Con un espíritu bien preparado y cultivado, tiene un poder casi omnipotente. Plantad, pues, en el alma de vuestras hijas, gérmenes que se dilaten y fecunden, disponiéndolas para llenar con honor la posición á que hubieren de ser llamadas en la vida.

Cuando contemplamos estos niños y niñas con las banderas que llevan, con el pabellón de las bandas y estrellas que tremolan en alto; cuando miramos á los bravos soldados y brillantes oficiales que nos rodean, y recordamos por qué causa han estado peleando—sentimos que podemos preservar nuestro gobierno, si educamos convenientemente á nuestro pueblo, y hacer de ésta, como podemos hacerlo, la más inteligente porción del globo habitable de Dios. Las bandas y estrellas no son un símbolo sin sentido, cuando volvemos la vista hacia atrás, por entre el polvo de las batallas, y divisamos lo que ha costado preservar este Gobierno. Economizaremos esfuerzos después de esto, para educar debidamente á estos niños cuya causa ha sido sostenida por robustos brazos en los campos de batalla? El otro día no más se oían las roncas voces de nuestros jefes en medio del combate, animando á nuestros bravos que se lanzaban á la muerte, que la

diosa de la Libertad convirtió en gloriosa pugna y los ecos del trueno proclamaron victoria. La victoria se ha *asentado* sobre nuestros estandartes, y el orador dijo que contaba con oír de nuevo el cántico de los niños á la Victoria, y que los ángeles reclinados sobre las almenas de los Cielos tomarían el tono y les harían coro.

Hijos é hijitas, dejadme pues pedir os que os eduquéis á vosotros mismos; sed estudiosos y perseverantes; atesorad en vuestras almas todo lo que es bueno; todo lo que es digno de conservarse; guardadlo en vuestro cerebro, y vuestra inteligencia se dilatará y crecerá. Y en conclusión digo, que ojalá vuestro cántico de Victoria sea oído en el cielo. Dios os bendiga.

El Presidente trató en seguida de entrar en la mansión Presidencial, pero encontró interceptado el camino por las señoras y caballeros que allí estaban reunidos, y que insistían por estrecharle la mano.

D. F. SARMIENTO.

El Congreso Internacional

DE

EDUCACION DE BRUSELAS

EL objeto de la formación del Congreso Internacional de educación, fué enunciado en la circular de invitación en los términos siguientes:

“Hoy más que nunca está á la orden del día la gran cuestión de la educación pública; ella interesa no sólo al presente, sino también al porvenir, de todos los pueblos. Hoy más que nunca se reconoce por todos los que tienen fé en el desarrollo y cultivo de la inteligencia, la necesidad de una instrucción sólida, extensa, completa. De una buena educación depende la fuerza de un pueblo en estos tiempos en que se principia á comprender, que no es tanto en los brazos como en la cabeza, donde reside el verdadero poder del hombre, ese poder que prepara los grandes destinos de la humanidad.

“El Congreso de Bruselas tendrá por

objeto el examen de cierto número de cuestiones de la mayor actualidad concernientes á la enseñanza en todos sus grados: cuestiones sociales ó pedagógicas que se relacionen por cualquier concepto con esta grave é importante materia. Será en cierto modo una comisión de investigación ante la cual todos los hechos, todas las ideas podrán ser expuestos y discutidos libremente. Buscará la verdad sin imponerla. Discutirá, ilustrará, pero no decretará soluciones”.

Este programa, que fué aceptado y cumplido con general aprobación en el curso de los trabajos del Congreso, fué ampliado en el sentido de la libertad de discusión, el día de la apertura, por su distinguido Presidente Mr. A. Couvreur y por el Honorable Mr. P. Van Humbeeck, Ministro de Instrucción Pública, que tanto ha ilustrado su administración con las importantes reformas realizadas en la organización de la educación pública en Bélgica.

El Congreso se dividió en seis secciones que debían ocuparse de las materias siguientes:

1.^a *Sección*.—Enseñanza primaria. Establecimientos de educación infantil, cunas, [*Crèches*] jardines de infantes [*Kindergarten*], escuelas infantiles.

2.^a *Sección.*—Enseñanza media.

3.^a *Sección.*—Enseñanza superior.

4.^a *Sección.*—Enseñanza de materias especiales, profesionales, técnicas, agrícolas y comerciales.

5.^a *Sección.*—Enseñanza popular: cursos públicos, conferencias, bibliotecas, museos, sociedades para la propagación de la instrucción.

6.^a *Sección.*—Higiene escolar.

En la primera sesión de instalación del Congreso fuí nombrado Presidente honorario de la primera sección que elegí para participar de los trabajos relativos á enseñanza primaria encomendados especialmente á mi consideración. Durante los seis días consecutivos que funcionó el Congreso tuve ocasión de tomar parte en los debates de las diversas cuestiones sometidas al examen de la primera sección, especialmente en las que se referían al programa y régimen de las escuelas normales y á la educación de la mujer.

La más importante de ellas, relativa á organización de escuelas normales, había sido formulada en los términos siguientes:

“¿Cuál debe ser el régimen de las escuelas normales?—¿Cuáles son las ventajas de los internados y de los externados?”

—¿Qué edad debe figurarse para la admisión de los alumnos?—¿Cuántos años de estudio debe comprender el curso normal?”

El interesante debate á que dieron origen estas cuestiones ocupó dos sesiones, y en una de ellas me fué dado hacer uso de la palabra para sostener las ideas del distinguido Inspector de las Escuelas Normales de Bélgica Mr. Th. Braun, cuyos puntos de vista, expuestos en un luminoso informe, habían sido combatidos por varios institutores franceses miembros de la misma sección. Las ideas del señor Braun fueron finalmente aceptadas reconociéndose la conveniencia de mantener el régimen de internado, fijándose la edad de dieciseis años para la admisión de los alumnos y el término de cuatro para la extensión del curso normal.

Respecto del programa de estudios, las opiniones estuvieron muy divididas y propiamente no se determinó cuál debiera ser el plan completo de estudios que habría de abrazar la enseñanza normal.

El Director del *Museo Pedagógico* de París, Mr. R. Berger, propuso en un informe especial las ideas siguientes que fueron en general bien acogidas por el Congreso.

“Las escuelas normales tienen por ob-

jeto cultivar el espíritu de los maestros de la juventud. A este título, deben abrazar todos los conocimientos que las necesidades sociales han hecho reconocer como de verdadera utilidad en la vida diaria, y también todos aquellos destinados especialmente á formar el espíritu y á desarrollar las facultades intelectuales.

Pueden por consiguiente reunirse bajo las cuatro divisiones siguientes:

I.—*Estudios literarios y morales.*

Gramática y Literatura nacionales.

Historia y Geografía.

Moral, Religión y Pedagogía.

II.—*Estudios científicos por deducción.*

Aritmética, Geografía, Algebra y Trigonometría aplicada á los usos más comunes [Contabilidad, mensura de terrenos, levantamiento de planos].

III.—*Estudios científicos por inducción y clasificación.*

Física. Química é Historia Natural y sus aplicaciones más usuales á la industria, á la agricultura y á la higiene.

IV.—*Artes y ejercicios físicos.*

Caligrafía, dibujo geométrico y artístico, canto y gimnástica.

La literatura debe tener por objeto principal dar á conocer y fomentar el

gusto de las obras maestras de la literatura nacional; y con este objeto debe fundarse tal enseñanza en la lectura de expresión y comentada de los textos, más bien que en las teorías de retórica ó de arte literario.

La historia se enseñará en concepto á procurar el conocimiento de las diversas épocas de la civilización, así como del estado social actual. Deberá ser por consiguiente un curso de educación cívica.

En el estudio de las ciencias se atenderá principalmente á fortificar y disciplinar el espíritu enseñando el uso de los métodos propios para cada ciencia: deducción, inducción, experimentación, clasificación.

Finalmente, por lo que respecta á las bellas artes no deberá perderse de vista que con ellas se trata de formar la educación de los sentidos, del gusto, y no de formar artistas”.

En el curso de las discusiones que tenían lugar en el Congreso de la enseñanza, tanto en la sección primera á que asistía diariamente, como en las asambleas generales, tuve ocasión de notar las dificultades suscitadas en el debate á causa de que la mayor parte de los miembros de diversa nacionalidad soste-

nían.—por lo general con bastante calor — los diversos sistemas de educación planteados en sus respectivos países, de manera que las conclusiones no revestían el carácter de principios generales que habría sido de desear. Sin embargo, la reunión de tantos educadores y profesores distinguidos dió lugar á disertaciones altamente interesantes que confío harán del volumen destinado á dar á luz los trabajos del Congreso, una interesante obra de consulta en materia de educación

Coincidió con las sesiones del Congreso Internacional de la Enseñanza, la inauguración de un Museo Pedagógico organizado bajo la dirección del Departamento de Instrucción Pública, y también un concurso internacional de material de escuelas organizado por *La Liga de la Enseñanza*.

El Museo Pedagógico, que visité en repetidas ocasiones, era uno de los más interesantes y completos de cuantos he podido ver en toda Europa. Habiendo sido formado en su mayor parte de colecciones preparadas en las mismas escuelas públicas de la Bélgica, ofrecía, ante todo, un carácter nacional bastante marcado y por consiguiente muy adecuado á los fines que con tales Museos de-

ben obtenerse. Lo que llamó más particularmente mi atención fueron las colecciones destinadas á la enseñanza tecnológica de las diversas industrias. En él se veían representadas y admirablemente clasificadas las industrias textiles—algodón, lana, lino, seda, cáñamo, etc.—en grandes cuadros murales, en forma de cajas, que contenían pequeñas muestras de todos los productos en que se transforman aquellas materias en el curso de su manipulación. El algodón en rama, tal como se encuentra en la planta; el mismo producto limpio; después cardado, peinado, transformado en hilo y finalmente tejido en las muchas y variadas clases de telas en que lo utiliza la industria, se ofrecía de esta manera al examen del institutor y del niño formando el libro ó tratado más completo de enseñanza tecnológica.

De la misma manera, las colecciones de minerales y todos los productos que de ellos obtiene la industria en sus variadas aplicaciones, formaban también otra sección muy interesante del Museo.

Por lo que contribuía á darle el carácter esencialmente pedagógico, con que este género de museos está llamado á auxiliar el progreso de la enseñanza, era la sección destinada al material escolar.

En ésta se veía un número considerable de todos los aparatos, tanto de fabricación belga como extranjera, que en la educación moderna han venido á ser los más poderosos auxiliares del maestro. Cartas y globos geográficos, muchos de ellos de relieve; diagramas de ciencias naturales; gabinetes económicos de física y de química; aparatos y colecciones para la enseñanza de la aritmética y del sistema métrico; cuadros admirablemente grabados para la enseñanza de la historia ó de muchos conocimientos útiles de artes y oficios, de trabajos industriales; en una palabra, cuanto ha podido inventar la industria moderna para facilitar y hacer efectivos los métodos de enseñanza intuitiva, se encontraban allí reunidos.

Noté particularmente el precio, por lo general módico, de la mayor parte de esos aparatos; y dada la grande influencia que los museos pedagógicos podrían producir entre nosotros, no vacilo en recomendar la fundación de uno en cada ciudad donde se establezca algún instituto normal. Ese género de exhibiciones secundará con mucha eficacia la enseñanza pedagógica, y contribuirá también á fijar los tipos de las colecciones que los mismos maestros podrán ir formando po-

co á poco para el uso de sus respectivas escuelas.

J. ABELARDO NÚÑEZ.

La Escuela en la Familia

NADIE pone en duda la ventaja personal que en la campaña obtienen de sus estudios los alumnos de las escuelas primarias. No hay estado, ocupación ni profesión en la que lo que los alumnos aprenden en la clase, no les ayude para ejecutar mejor lo que tienen que hacer en la vida.

Pero ¿qué llevan á la casa de sus conocimientos adquiridos? ¿Qué conservan de ellos? ¿En qué aprovechan á sus padres? Estos padres son, en general, menos instruídos que sus hijos, y de hábitos y lenguaje más grosero. La ignorancia y la grosería destruyen los frutos de la buena educación ó la educación combate ó corrige la grosería y la ignorancia, ¿Influye la escuela sobre la fa-

milia ó la familia sobre la escuela?

Hay aquí un delicado problema de educación, que yo no tengo la pretensión de resolver. Quisiera sólo traer á él, á título de datos, algunos hechos recogidos al azar en mis paseos por el pequeño pueblo que habito desde hace más de cincuenta años.

En 1871, después de la guerra, vino á establecerse en el país una familia de alsacianos que resueltamente había optado por Francia. La separación de su cara Alsacia era tanto más cruel y más meritoria, cuanto que era una separación absoluta. En general, la correspondencia atenúa los dolores de la ausencia: una carta reúne á los amigos separados; aun á mil leguas de distancia, están vivos los unos para los otros escribiéndose; pero nuestros pobres alsacianos no sabían leer ni escribir. Perdían, pues, todo lo de la tierra natal al dejarla: rompían con todo cuanto les unía á ella y á ella se refiere: parientes, amigos, vecinos, compañeros de trabajo. Felizmente, tenían un niño de ocho años inteligente y afectuoso, á quien pusieron en la escuela. El niño, impresionado, sin duda, por los pesares de sus padres, se aplicó al trabajo con tanto ardor, que al cabo de dos años era capaz de servirles de intermediario con

los compatriotas que habían dejado. Los padres vieron, por decirlo así, renacer para ellos el pasado y el presente. La escuela había reanudado el lazo de familia. Hé aquí otro hecho de que he sido testigo y hasta un tanto actor, y del que conservo vivo recuerdo.

Un obrero cantero perdió la vista por consecuencia de la explosión de un barrenó; y quedó sumido en la desesperación más espantosa. Joven, padre de tres hijos, lleno de inteligencia, de fuerza, de ardor para el trabajo, tenía el corazón desgarrado, no sólo por la amargura de ser inútil á los suyos, sino también porque la ociosidad lo consumía; no hacer nada lo mataba. El médico me dijo un día: "Este hombre está en camino de morirse de aburrimiento". Fuí á verlo, y traté de distraerle contándole de las maravillas de la Exposición universal. • Él se echó sobre mis relaciones como un hombre que se muere de hambre sobre un pedazo de pan. Sorprendióme mucho la inteligencia y aun la imaginación de este desventurado. Por desgracia, no podía prestarle libros, porque su mujer no sabía leer; pero tenía una niña que entraba en los trece años y pasaba por la mejor alumna de las escuelas de las Hermanas. Hice para ella una elección

de las obras más apropiadas, á mi parecer, para distraer á su padre y alimentar su pensamiento con otra cosa que el recuerdo de su infortunio. Todas las noches, pues, apenas terminada la cena, comenzaba la lectura, que se prolongaba hasta el momento de acostarse. Recobró el sueño este desgraciado, que no hablaba en todo el día más que de lo que había oído leer en la noche anterior. Cuando yo iba á verle, me hacía mil relaciones completamente características; su hija no le curaba ni le alivió, pero le ayudó á no morir. La escuela había salvado á la familia.

Ayer asistí, en casa de un campesino, á una escena encantadora: una niña de doce años dando una lección de lectura á su abuela! Un escultor de nuestros días ha hecho un grupo muy admirado, consistente en una campesina enseñando á leer á su pequeña hija, y que tiene por título *La lección maternal*. *La lección filial* que yo escuché ayer, es tal vez más patética todavía.

Hace unos días tenía yo que depositar un mandato en correos. Entro. ¿Quién me recibió en la oficina? ¿Quién escribió mi mandato? ¿Quién me dió el recibo? Una niña de doce años apenas, la hija de la Directora. Yo supe por su madre

que, en caso de necesidad, sería capaz de suplirla en la mayor parte de su trabajo. Desde ahora le sirve casi como un ayudante. ¿Dónde ha aprendido la niña lo que sabe? En la escuela primaria.

Se me objetará que en esto no hay más que un hecho excepcional. ¿Excepcional? Sea, pero no único. En la misma calle, algunas casas más allá, hay una frutera cuyo marido está ausente casi todo el día para atender á su servicio en el Ferrocarril, y ella misma teniendo que ir todas las semanas á Melun y á Corberl para hacer sus compras, se encuentra con frecuencia obligada á abandonar su tienda. ¿A los cuidados de quién la deja? A los cuidados de su hija que apenas tiene trece años. Ella es la que responde á los parroquianos, quien despacha las mercaderías y quien lleva los libros; ella escribe y cuenta mucho mejor que su madre y tan bien como su padre. ¿Cuál ha sido su maestro? El maestro de escuela.

Habiéndome interesado mi pequeña información, he tenido la idea, para completarla, de dirigirme al maestro, quien me ha referido un hecho muy característico.

Un hortelano, violento, grosero, brutal, tenía su mujer y una hija de unos doce años. La hija terminaba su curso de es-

tudios primarios, y al volver por la tarde á casa traía siempre algunas tareas que terminar. Cuando la madre veía á su marido dispuesto á entregarse á alguna de esas violencias que la aterraban, le decía por lo bajo: "no metas tanto ruido, que vas á impedir trabajar á la niña". Y él se contenía y callaba.

Cuando después la niña se hallaba definitivamente en la casa, su presencia constante vino á ser una protección para su madre. Habitado el padre á contentarse por ella, muy ufano de los resultados que su hija había obtenido y los elogios que de ella se le hacían, comenzó poco á poco á sentir vergüenza de entregarse en su presencia á sus brutalidades conyugales; se dulcificó, se apaciguó; la alumna vino á ser la moralizadora de su padre.

Me detengo. No hay aquí, sin duda, más que algunos hechos particulares. Pero Béranger díjome cierto día una frase que con frecuencia me repito: *Los hechos son los padres de las ideas*. Pues bien, me parece que de estas pequeñas anécdotas se desprende una idea que puede servirles de moraleja. Si hoy día, en el estado de desigualdad de instrucción que existe entre los padres y los hijos, la escuela ejerce ya beneficiosa influencia

en la familia, ¿qué será dentro de algunos años, cuando todos, padres é hijos, hayan pasado por los mismos estudios?

Evidentemente, la instrucción primaria habrá elevado el medio familiar. ¿Dónde encontrar una apología más bella de la escuela?

E. LEGOUVÉ.

Respeto á la propiedad

[LECCIÓN MODELO]

Maestro.—Voy á referir á Udes. un cuento que he leído hace algún tiempo, titulado: las gallinas y los huevos. Creo que les ha de interesar. Presten atención. Empiezo. Un hombre llamado Martín debía á su vecino Lucas el importe de algunos jornales de trabajo. El dinero era en aquel tiempo escaso, y Martín no sabía cómo hacer pagar su deuda, conservando su buen nombre. No queriendo retener por más tiempo el fruto del trabajo de Lucas, fué á verle y le propuso

que recibiese en pago de la deuda cuatro gallinas que le quedaban. Lucas aceptó la proposición porque no tenía ninguna y las que se les ofrecían valían por su cuenta que lo que su vecino le debía. Las gallinas de Martín fueron conducidas á casa de Lucas y la cuenta quedó chancelada.

¿Recuerdan Udes. lo que les he referido?

Los niños.—Sí, señor. (Respuesta sin valor alguno en la mayor parte de los casos, los niños están siempre dispuestos á hacer una afirmación, cuando creen que es lo que el maestro desea y sin ser así).

Maestro.—Refieran Udes. lo que les he dicho. (El maestro procura que los niños repitan el cuento, sustituyendo unas palabras por otras y cuando esté persuadido de que se han impuesto bien de lo que se les dijo, podrá hacer una serie de preguntas como las que siguen:)

Maestro.—Qué era Lucas de Martín?

Los niños.—Vecino.

Un niño.—Lucas era vecino de Martín.

Un niño.—Martín era vecino de Lucas.

Un niño.—Lucas vivía en la casa contigua á la de Martín.

Un niño.—Martín era deudor de Lucas.

Un niño.—Lucas era acreedor de Martín.

Maestro.—¿Qué era lo que debía Martín? A quién le debía? El precio de qué cosa debía Martín á Lucas? ¿Le había comprado algo? ¿Qué es un jornal?

Un niño.—Lo que gana un trabajador por día.—El importe del trabajo de un obrero en un día.

Maestro.—¿Martín tenía mucha plata?

Un niño.—No señor. Martín no tenía dinero.—Por eso propuso á Lucas el pagarle con las gallinas.

Maestro.—¿Qué hizo Lucas?

Un niño.—Lucas aceptó la oferta y recibió las gallinas de Martín. Martín no tiene ya gallinas, pero no debe nada. Está más tranquilo.—Tiene crédito.—Si Martín le fuese á pedir á Lucas que le hiciese algún trabajo, es probable que se prestase gustoso á ello. La honradez de Martín le garantiza el pago, aunque no fuese en dinero. Se ve que Martín era buen pagador y que Lucas no era muy exigente con su deudor.

Maestro.—En dónde están ahora las gallinas de Martín?

Un niño.—En la casa de Lucas.

Un niño.—Al lado de la de Martín.

Maestro.—¿Y qué pueden Udes. decir de los huevos de las gallinas?

Un niño.—Que las gallinas ponen huevos.

Maestro.—Les pregunto qué pueden decir de los huevos de las gallinas de Martín.

Un niño.—Nada, Ud. no nos ha dicho nada.

Maestro.—En verdad, nada les he dicho hasta ahora de los huevos de las gallinas. Voy á eso. Es lo más interesante del cuento.

Al día siguiente de haberle sido entregadas las gallinas á Lucas, éstas saltaron la tapia que separaba las casas y fueron á poner sus huevos en su viejo gallinero, en la casa de Martín. El hijo de Martín, llamado Felipe, niño de siete años, que se encontraba solo en la casa de sus padres, oyó cacarear las gallinas, que tanto quería y sospechó lo que acaban de hacer. Corrió al gallinero revolvió las pajas y halló como otras veces los huevos que tanto le gustaban. ¡Qué contenta, dijo, se pondrá mi madre cuando vuelva y los vea! Los cocerá y los comeremos.

Sin embargo, se dijo un instante después. ¿Podremos quedarnos con estos

huevos? Las pobres gallinas ya no nos pertenecen: ¿serán nuestros los huevos? Las gallinas son de don Lucas. . . . ¿No serán también de él los huevos? Yo he aprendido en el colegio que se debe volver una cosa que se encuentra á quien pertenece. Vamos. . . . Vámos. . . . No esperaré á que mis padres vuelvan; voy á llevar los huevos á su dueño. Corrió á casa de Lucas y con gran sorpresa de éste puso en sus manos los huevos de las gallinas. Tomad, le dijo, al entrar, os traigo los huevos que vuestras gallinas han puesto en el gallinero de mi padre.—¿Y quién te ha mandado? le preguntó Lucas.—Nadie, contestó Felipe.—¿Y cómo me los traes sin que te lo hayan ordenado?—Es verdad, mis padres no están en casa, pero yo hago lo que ellos me hubiesen ordenado que hiciese.—¿Por qué no has esperado su regreso?—Es que ellos no volverán hasta medio día, dijo el niño, y si durante ese tiempo hubieseis sospechado el hecho de las gallinas, no viendo que os mandaban los huevos hubierais podido pensar mal de mis padres.

¿Qué os parece el cuento?

Los niños.—Bien, muy bien.

Maestro.—¿Lo recordáis? A ver quién puede repetirlo desde el principio.

Varios niños.—(Levantán la mano).

Maestro.—(Designa uno de los niños para que lo refiera é interroga á los demás según el cuestionario siguiente): ¿Qué os parece la acción de Felipe? ¿Hubieráis vosotros hecho otro tanto si os encontraséis en su casa? ¿Qué hizo Felipe? ¿Cuál fué su primer pensamiento?

Un niño.—El primer pensamiento de Felipe fué comerse los huevos con sus padres. Felipe hizo bien en llevar los huevos á Lucas.

Maestro.—¿Se puede proceder en ese caso sin autorización de sus padres?

Los niños.—(Creen que sí).

Maestro.—Pienso como ustedes, que no era necesario la autorización de los padres. ¿Podría alguno de ustedes referir un caso parecido?

Un niño.—A mi casa siempre se cae la ropa que unas lavanderas cuelgan en unas cuerdas de la casa vecina y yo se las llevo.

Un niño.—Al lado de casa hay un loro. Una vez se voló y vino á pararse en el farol.—Mi hermano lo agarró y mi madre le dijo que lo fuese á entregar á la vecina.

Un niño.—El gatito de casa siempre se va por las azoteas y hay que andarlo buscando.

Maestro.—Podrían decir ustedes algo sobre las costumbres de las gallinas?

Un niño.—Las gallinas ponen siempre en un mismo sitio, en un mismo nidal.

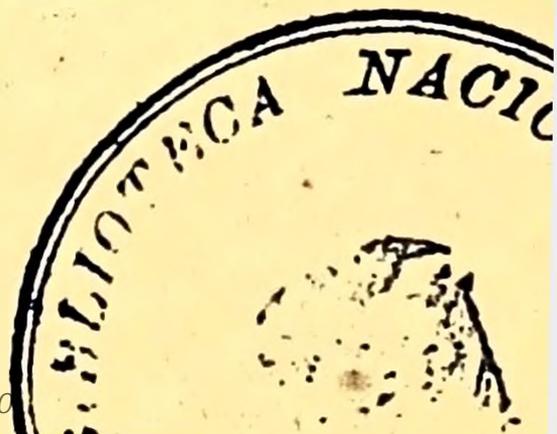
Un niño.—Cuando nosotros estábamos en el campo, mi mamá compró una gallina que estaba poniendo. Apenas se le soltó se fué por unos cardales y no volvió hasta el otro día. Después de comer se iba y ya no se sabía nada ella. Mi madre decía: ¿En dónde pondrá esta gallina? Un día uno de mis hermanos la siguió y vió que se acomodaba debajo de una planta de cardo. Allí tenía el nido con doce huevos. Mi madre no quiso que le sacaran los huevos y al poco tiempo se presentó con doce pollitos muy lindos.—Yo les daba de comer en la mano.—La madre no quería que le agarrasen sus hijos.—Los quieren mucho.

Maestro.—Nos hemos separado un poco del tema ó el asunto. Otro día hemos de hablar más extensamente de las costumbres de los animales. Quiero que me digan ahora, qué fué lo que hizo Felipe con los huevos. ¿Se los comió?

Los niños.—No señor.—Se los devolvió á Lucas.—Se los llevó á Lucas.

Maestro.—¿Por qué se los devolvió?

Un niño.—Porque eran de él.



Maestro.—¿Podrían decirlo con otras palabras.

Un niño.—Eran suyos.—Eran de sus gallinas.

Maestro.—Los huevos eran su propiedad la propiedad de Lucas. Lucas había adquirido la propiedad de las gallinas y los huevos le pertenecían. No importa que las gallinas siguiendo su costumbre hubiesen ido á poner al gallinero de Martín. A los ojos de Felipe y á los ojos de todo buen vecino, los huevos le pertenecían á Lucas. La acción de Felipe fué una acción moral y constituye uno de los deberes que tenemos para con nuestros semejantes, es decir, el de respetar su propiedad. (El maestro puede tomar de los bancos de los niños varios de los objetos que les pertenecen é interrogarles) ¿De quién es este? ¿A quién pertenece este libro? ¿A quién pertenece este banco, esta casa?

Los niños.—Este libro es mío, es de mi propiedad. Ella debe ser respetada por todos.—Este banco es de la escuela la escuela está sostenida por el Estado, la escuela como la casa son una propiedad del Estado y todos debemos respetarla, cuidarla tratar de que no se destruya.

Maestro.—Respetemos pues la propiedad.

EL TRABAJO

“**ENTRE** las sectas en que se halla dividida la religión cristiana, hay una que profesa este principio: Trabajar es alabar á Dios: *Laborare est orare.* Ocupados de continuo en el trabajo, alaban á Dios continuamente esos hijos de Jesús que, si no le imitan de todo en todo, procuran imitarle en la humildad y la pureza de vida. Imitar á Jesús ¿quién lo podría? Ese modelo es para visto y admirado, no para reproducido: el mérito de los buenos será tanto mayor, cuanto más se aproximen á él en sus acciones. Por el amor, su corazón es más que humano: ama, y diviniza al objeto de su predilección. Predilección he dicho? A nadie prefiere Jesucristo, cuando todos son de su gremio y merecen por sus virtudes su cariño. El amor de Dios, el que él nos tiene, es llama de fue-

go eterno que destruye hasta las cenizas de lo malo, y nos deja livianos, puros, invisibles; espíritus adheridos á la inmortalidad, apesar de esta armazón mezquina y delesnable que llamamos cuerpo. Cuando él se cae en pedazos y se convierte en tierra, obrando el fluído poderoso, ya el hombre justo ha devorado santamente una eternidad de gloria.

Por el amor, Jesús diviniza á los buenos: por la caridad, dá vista á los ciegos, oído á los sordos, movimiento á los tullidos. ¿Qué sér extraordinario es ese cuya mirada está rompiendo las oscuras regiones de la muerte é ingiriendo vida en un difunto? “Oh tú, que duermes el sueño eterno, despierta, levántate!” —“Señor, me llamáis? Aquí estoy”, responde el difunto y se levanta lleno de vida y amor. Jesús, por la caridad, resucita muertos.

Por la mansedumbre vuelve santos á los pecadores, humedece con lágrimas celestiales los ojos enjutos del vicio y cura ese horrible mal de la prostitución sin más que una sonrisa: sonrisa de lástima, de benevolencia, de promesa: sonrisa milagrosa, sonrisa eterna, que formándose de un rayo de luz en el seno de la gloria, atraviesa invisible el universo, y viene á estamparse en los labios del que sonríe y con ella hace virtudes.

Por la terneza, se infantiliza, en cierto modo. Con los ancianos anciano, con los niños niño; á males por menor, á proporción de la correspondencia; pero ese amor de menos cuantía les vuelve grandes á el os, y les da cordura y juicio con los cuales miden el mundo de gratitud que deben á ese que los acaricia.

Por la humildad, vuelve inmortales á los que alcanzan sus servicios. Cuán limpios, sanos, ligeros, no serán los pies lavados por él, á dónde no irá uno, á dónde no irá con los pies así divinizados? Si él me lava los míos, yo me siento con alas: alas de águila que se bota de la cumbre de una montaña, y va disparada como flecha hacia el abismo; que se levanta, y sube como rayo á la bóveda celeste; que rompe el aire y cruza el mundo de oriente á occidente. Si él me lava los míos, yo me siento con alas; alas de ángel que se presenta en una inmensa rotura del firmamento, y se tira hacia el mundo cargado de las santas órdenes de Dios. Alas de ángel, que vuela cual ave nunca vista, resonando por los aires y dejando tras sí una dulce estela de armonía. Alas de ángel que hacen viento sobre el mundo, y le purifican; que hacen fuego sobre la tierra, y la encienden; que hacen luz, y la iluminan; que hacen sombra, y la se-

pultan en tinieblas. El ángel del Señor puede todo esto; y los pies lavados por sus manos, son las alas de ese ángel.

Quién alcanzaría, pues, á imitar al que por el amor, la mansedumbre, la terneza, la caridad hace cosas tantas y tan grandes? Los que sienten en el pecho más fuerza de virtud, no le imitan: procuran imitarle; y esto es ya lo sumo de la santidad en la humana criatura.

Pueb'o, si no podéis imitarle, procuradlo siquiera; si ni esto alcanzan vuestras fuerzas, alabadle con el trabajo. Trabajar es alabar á Dios: *Laborare est orare*. El trabajo tiene cautiva la atención: siendo lícita la obra en que estáis ocupado, vuestras potencias se están ejecutando en noble empleo. Vosotros, hijos de la tierra, séres buenos, humildes, que os llamáis gañanes; vosotros que la rompéis con la reja del arado y echáis en el sulco la simiente de la vida; vosotros que acariciáis la plantita recién nacida, arrimando á sus lados el limo bienhechor, humedeciéndola con un hilo de agua que pasa haciendo la rueda; vosotros que segáis las mieses, mondáis el haza con la barra, hacéis leña con el hacha; vosotros, estáis acaso pensando, cuando dais vuestros golpes sobre el tronco, cuando corréis la hoz, cuando traéis el agua con el

azadón; estáis acaso pensando en la manera cómo seduciréis á la mujer de vuestro vecino, cómo hurtaréis la oveja á vuestro amigo, cómo levantaréis una quimera al inocente? Nó: la imaginación no se corrompe sino en el ocio: el trabajo libra de la muerte, porque libra de los vicios. Sabíais que los vicios son la muerte? La ociosidad es la fragua de los pecados: manos que nada hacen, se están afilando para el robo. La imaginación bien dirigida, obrando bajo el peso santificador de los buenos pensamientos, es la más brillante de las facultades del hombre: corcel lleno de vida y fuerza, que en noble fuego va saltando y haciendo escarceos por vastos y risueños campos, siempre que un bocado de oro asido á riendas de seda le contenga y le guíe blandamente. La imaginación está de continuo trabajando así en las buenas como en las malas obras: en siendo bueno el objeto, la obra es sublime; en siendo malo, es reprobada. La ociosidad; es el lugar desierto á donde se dan cita crímenes y vicios: el trabajo es el padre de las virtudes. Por eso los puritanos siguen esta máxima: *Laborare est orare*. Pueblo, trabajando alabamos á Dios: trabajad y alabadle.

Oh vosotros, hombres modestos, útiles,

que os llamáis artesanos, pensáis en mal cuando vuestro cuerpo va y viene sobre el madero, asidos los brazos al cepillo, viendo desaparecer vuestros pies bajo la crespá, olorosa viruta que sobre ellos se amontona? Pensáis en mal cuando estáis levantandoos al firmamento junto con la sagrada torre que va creciendo debajo de vosotros? Pensáis en mal, cuando la fragua gime y chispea á vuestra vista, ardiendo colérica en su avidez por devorar el fierro? Pensáis en mal cuando alzáis el martillo tiránico y dáis el horrible golpe sobre el demonio que en forma de ascua está zherrojado entre vuestras tenazas? Pensáis en mal cuando aparejáis el telar, cuando hacéis gemir las tijeras en vuestra mano poderosa, cuando el barro va tomando entre vuestros dedos esas formas graciosas y elegantes que imprimís, creadores mortales, á vuestros utensilios? Si sois malos, no sois en cuanto trabajáis. Trabajad de día, y el casancio será fianza de la noche. El sueño es otro salvador, siempre que venga en pos de la tarea. El sueño medido, lícito, necesario, es el amigo más tierno y socorrido que reconocemos: el que está trabajando, no está robando; el que está durmiendo, no está mintiendo ni quitando la mujer al prójimo. Pueblo,

trabajad, dormid; todo á su tiempo, todo con medida. Trabajar es alabar á Dios: *Laborare est orare*. Trabajad y alabadle. ¿Por qué no sería también alabar á Dios dormir en el seno de la inocencia ese sueño santo profundo, viajando por cuyas regiones llegamos sin saberlo hasta las puertas de la eternidad, esto es, de la inmortalidad? *Dormire est orare*. Pueblo, dormid cansados del trabajo, dormid santamente, y vuestro sueño os será recibido como una oración hermosa.

Oh vosotros, hombres hábiles, admirables, que dais formas humanas, ó más bien divinas á esa piedra agria de genio que decimos mármol; tenéis acaso el pensamiento puesto en un proyecto de delito, en una bastardía cuando ese cuerpo bruto vuela en astillas por obra del cincel, y va saliendo poco á poco un dios ó un hombre grande debajo de vuestras manos? Cuando el triste lienzo empieza á animarse, iluminarse, tocado apenas por ese instrumento prodigioso que corre á la paleta, mete la cabeza, como el cisne, en esa fuente del ingenio, toma un baño de inspiración, y vuelve á dar sus toques de poesía en las líneas acompasadas que ya están dando importancia á la humilde tela? Cuando los metales preciosos, vueltos amable cera en vuestras manos,

cibran vida, sintiéndose animados por el rayo de inteligencia que les habéis puesto de alma en las entrañas? Cuando acomodáis las ruedas debajo de las cuales yace á su pesar el tiempo, sujeto á una pesita ruin que le tiraniza y desmenuza, como burlándose de la cosa mayor y más inexplicable que contiene el universo? Oh vosotros los estatuarios, los pintores, los relojeros, artistas maravillosos que tenéis el pensamiento absorbido por el dios de vuestras artes, el dios del trabajo, vosotros os halláis menos dispuestos al crimen, á los vicios, que esos infortunados cuya ocupación es la ociosidad, cuyo timbre la insignificancia. Miguel Angel, levantando la cúpula de San Pedro, no piensa sino en la inmortalidad: trabaja y alaba á Dios. Rafael Cenzi, pintando la Tranfiguración en el Vaticano, no piensa sino en la gloria. Trabaja y alaba á Dios. Pueblo, trabajad y alabadle. *Laborare est orare.*

Hubo en la antigüedad un pueblo para quien el trabajo vino á ser imposible, porque había llegado á persuadirse de que él era enemigo de los placeres. Ese pueblo andaba descarriado: sin trabajo no hay placer, sin dolor no hay alegría. Dios ha querido para nuestro bien que del seno de la amargura nazcan las cosas más

dulces para nosotros; del seno del trabajo los gustos más cumplidos. El hambre es una de las sensaciones más dolorosas y tris es á que vive sujeta la organización del cuerpo humano; el hambre es un mal, un cruel tormento cuando la extrema la miseria, y viene á convertirse en peligro de muerte: sin este mal ¿existiría el bien del comer con agrado? Sin este dolor, conoceríamos el placer de satisfacernos frugalmente? Bien así como las pasiones tienen su encadenamiento misterioso, naciendo las buenas de las malas, apoyando las malas á las buenas, así las cosas que parecen divergentes, y aun opuestas, están unidas por eslabones invisibles que rechinan armoniosos donde nadie les oye. El trabajo fatiga: ahora decidme, sin la fatiga ¿tendríamos idea de ese deleite pacífico que llamamos descanso? Molido el cuerpo, estropeados los huesos, floja y desquiciada la máquina toda, mirad si no es un bien, un gusto indescriptible, tirarse por ahí debajo de un árbol, sobre su hojarasca resonante, y poner el cuello al dulce yugo de ese tirano delicado que descende poco á poco del cielo y nos ciñe la frente con su corona de adormideras. El loto era sagrado entre los antiguos, porque en sus entrañas venía dormido el sueño.

En cierto modo, los sibaritas tenían razón. No, no la tenían: su sueño no era hijo del trabajo; sus placeres no estaban eslabonados con los dolores, siendo como eran casi brutales. Sardánapalo, en medio de su felicidad, no fué feliz ni un instante: "Come, bebe, todo lo demás no es nada"; ¿quién se tendría por dichoso con seguir esta máxima a la letra?

Ese pueblo, digo, había desterrado de la ciudad molestias y dolores, sin dejar en ella sino logros y placeres. Él se lo creía así, pero se engañaba por la mitad de la barba. Abolió todo género de oficios que produjesen algún ruido, sin caer en la cuenta de que el martillo dando sobre el yunque, está forjando el sueño: ¿hay soporífero más delicioso y eficaz que un martillo monótono que gime á la distancia en su riña nocturna con el yunque? Pues los sibaritas abolieron la herrería, para dormir con más gusto. Glotones como ellos, no alcanzaban gran cosa de la gaya ciencia.

Abolieron la carpintería, como si hubiera ruido más armonioso y seductor que el de la sierra mordiendo las entrañas de una gruesa viga. Esa culebra de mil dientes es músico divino para los que tienen el oído lleno de poesía. Pues el ha-

cha? Cuando se la oye allá en el monte, cebándose en el árbol con su ferocidad casi meditabunda, le parece á uno que el poema de las selvas se abre paso por el silencio inmortal de la naturaleza, y da esos gruesos ayes que se estrellan blandamente en el alma del poeta.

Con decir que los sibaritas desterraron al gallo para que no cantara, dicho se está que esos idiotas no tenían dar ni tomar con el dios de la melodía. Hay son más grato, suave, misterioso, profundo, conmovedor que el canto de un gallo que rompe la media noche, allá, lejos, muy lejos, de manera que apenas llegue á nuestros oídos desvelados cual nota moribunda de esa entonación que sin saber en dónde eleva el genio de las sombras? Entre las reminiscencias que de repente me hacen estremecer, yo no tengo una más inefable que el canto de un gallo que á las dos de la mañana llegaba á mis oídos cual un delicioso suspiro de la eternidad que se estuviese quejando amorosamente de los rigores del tiempo.

Tonto soy: estas cosas son buenas para dichas donde pueden ser entendidas y sentidas. Vosotros, buena gente, gente honrada, amigos y enemigos, contentaos con saber que los sibaritas desterraron al gallo. Y vos, oh pueblo, sabed

que en el martillo y la sierra os salváis del negro mar de los vicios, porque en los instrumentos del trabajo está obrando de continuo un milagro del cielo, y ellos os sirven de tabla de salvación. Trabajad, salvaos: trabajar es alabar á Dios: *Laborare est orare.*

JUAN MONTALVO.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EDMUNDO DE AMICIS

En la distribución de premios á los alumnos de las Escuelas elementales de Turín, en el Teatro Víctor Manuel, en Marzo de 1899.

EL ilustre asesor de Instrucción Pública, que todos los años os dirige la palabra, me invita hoy á que lo sustituya.

¿Qué os puedo decir yo, sino aquello mismo que él os dice, que os dicen todos,

que todos os repiten en la casa y en la Escuela, y que año tras año se dice á los niños de todos los países?

Os dicen: — “Estudiad;—os dicen:— Sed buenos”.

Este es como un tema perpetuo que os suena en los oídos desde que tenéis uso de razón.

Y es porque no existen otras palabras que expresen mejor y más brevemente cuanto debéis hacer por vuestro propio bien y por lo que el mundo reclama de vosotros para el bien de todos.

Os dicen: —“¡Estudiad!”— ¿Por qué? Porque vuestra edad es precisamente aquella edad feliz y fecunda en la cual toma el ingenio su primera forma, y en la que más fácilmente todo lo que penetra en la inteligencia desciende y se estampa en el alma para toda la vida. Os dicen: —“¡Estudiad!” porque podéis en los años que contáis, adquirir ó acrecentar la prontitud de la percepción, el poder de la memoria, el arte de expresar vuestro pensamiento, con un esfuerzo de voluntad que no puede compararse al esfuerzo que necesitaríais ó necesitaréis en años venideros, para lograr, no ya estos resultados, sino frutos de menos importancia.

Estudiad, os dicen, porque todos los conocimientos que se fijan ahora en la

mente; constituyen como la trama sobre la cual habéis de tejer más tarde la tela de los estudios superiores; y si aquella primera urdimbre es débil, no resultará ni apretado ni resistente el tejido; porque el humor alegre en la escuela de la niñez, produce el ardor por el estudio en la juventud, que después se convierte en verdadero culto por la ciencia en la edad madura; porque son los años de la niñez aquellos en que se determina por impulso propio el porvenir de cada cual, ya que el camino del mundo no es otra cosa que el sendero prolongado de la escuela; y el hombre procede casi siempre con el paso mismo que emprendió al comenzar el viaje por esta vía. Os dicen "estudiad", en fin, porque son las primeras enseñanzas (cuyo valor exacto no sabéis apreciar ahora), son las impresiones de las primeras lecturas, las primeras buenas tendencias del pensamiento, las primeras victorias de la voluntad, las que preparan en los niños á los obreros modelos, á los empleados útiles, á los padres educadores, á los pensadores sabios, á los ciudadanos beneméritos; á la manera que las semillas esparcidas y casi perdidas en la tierra que se escapan á nuestra vista, llevan en su seno, sin embargo, con el tiempo, la dorada mies que es el es-

plendor de los campos y la riqueza de la nación.

Por esto os dicen siempre *estudiad*; y os dicen siempre también *¡sed buenos!* porque la cultura intelectual que no va acompañada de la bondad, no es sino un hermoso manto que cubre el egoísmo y el orgullo; no es sino una cosa vacía y muerta, como las brillantes armaduras de los museos, dentro de los cuales falta el alma y el cuerpo del caballero.

Un gran escritor de nuestros tiempos, que llenó el mundo con su nombre, resumiendo su larga vida de ochenta y cuatro años, después de haber recordado á los Reyes y á los Emperadores, á los grandes hombres de ciencia y á los grandes hombres de Estado, á los generales, los artistas, los obreros, á todas las gentes de todas las clases sociales, á todas aquellas, en suma, cuya casa había visitado, concluyó con estas palabras que fueron como el testamento de su sabiduría: "Después de haber visto pasar á toda esta gente delante de mí, yo reconocí que no hay bajo el cielo sino una sola cosa ante la cual debemos inclinarnos, el Genio; que no hay sino una cosa sola ante la cual debemos prosternarnos, la Bondad".

Él pronunció esta sentencia antes de morir, en uno de aquellos momentos en

los cuales el hombre siente y dice la verdad; él, hombre de genio, colocó por encima del genio, la bondad. Porque la bondad es entre las virtudes del corazón y de la mente lo que entre los planetas el sol, que calienta é ilumina á todos y á todo; porque es fuerza, delicadeza, piedad, consuelo, perdón; porque es la madre de la rectitud, de la abnegación y del valor; no habiendo valor verdadero que no se derive de nobleza de ánimo, y no habiendo nada verdaderamente noble que no sea bueno.

Por esto repetimos constantemente:—
“Sed buenos”, aun comprendiendo que ni siquiera los mejores entre vosotros, estáis en condiciones de poder apreciar toda la grandeza del bien que puede producir por todas partes la bondad de los niños.

Pero pensad en ello. Vuestra bondad causa los siguientes efectos: el maestro, trabaja con mejores ánimos; vuestro padre, trabajan más contentos; vuestras madres, cumplen sonriendo y alegres sus deberes; vuestra bondad, hace que se soporten las privaciones y las desgracias de la familia con más serenidad, con más firmeza; quiere decir vuestra bondad, que el último lamento del postrer adiós de quien os ama, es mitigado por el más dulce de los consuelos; por la seguridad

de que los hijos que quedan solos en la tierra, si no son afortunados, serán al menos queridos, porque serán buenos. Vuestra bondad es la dignidad y la gracia de la escuela, la concordia y la sonrisa de la casa, la bendición de la vida y de la muerte de quien trabaja para vosotros y por vosotros sufre.

He ahí por qué os repetimos mil veces: *estudiad, sed buenos*. Y también os lo repetimos, porque cada vez que vuelve á nuestro pensamiento el hermoso tiempo de cuando éramos niños como vosotros, el recuerdo de haber desperdiciado años preciosos, de haber sido ingratos con un buen maestro ó soberbios y crueles con un compañero infeliz, de haber hecho llorar ó ruborizarse á nuestra madre con nuestra disipación ó con nuestra dureza, hoy todavía, después de tanto tiempo, en medio de tantas otras preocupaciones y amarguras, es aquel recuerdo como una punta acerada que nos hiere en lo más hondo de nuestras entrañas, allá en las fibras más delicadas del corazón; y nosotros queremos que el corazón de nuestros hijos nunca sangre por semejantes heridas. Nosotros os recomendamos, pues, el trabajo y la bondad; no solamente porque son los primeros deberes humanos, no sólo por el bien de vuestras

familias y por el de vuestro prójimo, y porque bondad y trabajo son instrumentos de fortuna, sino porque tengáis libre la vida de remordimientos y amarguras, porque seais un día más felices, estéis más satisfechos en vuestra conciencia, y por ende más alegres trabajadores, y estéis más serenamente preparados para la adversidad, más merecidamente respetados y amados que nosotros. Sí, nosotros queremos que crezcáis más buenos, más ilustrados, más rectos, más magnánimos que nosotros; y por esto vuestra educación es el más sagrado de nuestros desvelos y vuestro porvenir la más santa de nuestras esperanzas.

Dejad, pues, que se os repitan estos consejos incesantemente, pues representan en nuestro espíritu como un eco de nuestra infancia lejana y producen bien, hasta á nosotros mismos que os lo dedicamos.

Estudiad con ánimos, venerad á vuestros padres, amad á los maestros, respetad la escuela, honrad el trabajo, sofocad en el fondo de vuestras almas generosas apenas despunte, la soberbia insensata é innoBLE que se funda en los privilegios de la fortuna; no envidiéis sino las almas grandes, no os liguéis sino á las almas bellas; despreciad, abominad

el ocio, el egoísmo, la corrupción, la injusticia donde quiera que se encuentren y cualquiera que sea la máscara con que se encubran: empezad desde ahora entre vosotros á ser protectores de los débiles, amigos de los desventurados; y amaos como hermanos, porque sois hermanos tres veces; en la pequeña familia de la escuela, en la gran familia de la patria, y en la inmensa de la humanidad que debemos abrazar por completo en el generoso abrazo de la esperanza y del amor.

Y ahora volved al trabajo. Tornen á él los que han obtenido premio con sincero sentimiento de modestia, que es la mejor prueba de haberlo merecido; vayan aquellos que, aunque estudiaron no lo obtuvieron, confortados con el pensamiento de que la más alta recompensa del mérito está en la satisfacción tranquila de la conciencia y no en la turbadora alegría de la ambición; y aquellos que no hicieron cuanto debían, salgan de aquí con el propósito tranquilo y vigoroso de ganar el tiempo perdido, animados por esta certidumbre, á saber: que aún en las inteligencias que parecen menos favorecidas por la naturaleza, hay siempre alguna facultad singular, como una chispa oculta, la cual, antes ó después, al soplo de la voluntad resucita y prende llama, y

entonces también las otras facultades, hasta las más inertes, se reaniman, y toda la mente se ilumina y se dilata.

Tornad, pues, á vuestras casas con la sonrisa en el rostro y en el alma, conservando un buen recuerdo de este día, doblemente solemne porque es el del natalicio del Rey de Italia y la fiesta de la infancia escolar; llevad al cumplimiento del deber, sean las que fueren las circunstancias de la vida, la serenidad y la fuerza; sed, como buenos hijos de Italia, fuertes como vuestros Alpes y serenos como vuestro cielo.

Se eleva en el horizonte la aurora del siglo XX. ¡Es vuestro siglo, hijos queridos! ¡Id á su encuentro como un ejército alegre é intrépido!

Nosotros, que, con el corazón emocionado, os deseamos prosperidades en el viaje para el cual ya os despedimos; nosotros no deseáramos vivir largamente sino para confortaros en vuestros primeros dolores y bendecir vuestras primeras victorias, y por saludar, triunfante por vuestra cooperación también, la bandera de la civilización, que transmitimos á vuestras manos, glorificada por el genio, y santificada por la sangre de nuestros padres.

Proyecto de Ley

SOBRE

ESCUELAS NORMALES

(Del boletín "Cámara de Diputados", de Buenos Aires. Sesión ordinaria del 26 de Setiembre de 1898).

Art. 1º En cada provincia de la República funcionará una escuela normal de maestros y dos en la capital federal.

Art. 2º Suprímense todas las escuelas normales no comprendidas en el artículo anterior.

Art. 3º Créanse tres escuelas normales regionales de maestros: una en la capital federal, otra en San Luis y otra en Tucumán, con el siguiente plan de estudios:

PLAN DE ESTUDIOS

Primer año

Fisiología, higiene general.....	4 horas semanales
Economía social y moral.....	3 — —

Pedagogía (organización escolar)	3	horas	semanales
Dibujo natural	2	—	—
Lectura y composición	2	—	—
Música instrumental	2	—	—
Práctica y crítica pedagógica	14	—	—
	30		

Segundo año

Higiene escolar	2	horas	semanales
Pedagogía (educación general y metodología)	5	—	—
Psicología	3	—	—
Dibujo natural	3	—	—
Lectura y composición	2	—	—
Música instrumental	2	—	—
Práctica y crítica pedagógica	14	—	—
	30		

Art. 4.º Para ingresar á las escuelas normales regionales de maestros, se requiere, haber rendido examen satisfacto-

rio de los cuatro primeros años de estudios del colegio nacional, obteniendo una clasificación media total de cuatro puntos.

Art. 5º Los alumnos maestros que hayan rendido examen del segundo año en las escuelas normales, podrán ingresar al primer año de las escuelas regionales, y los que hayan rendido examen del primer año normal, podrán ingresar al tercer año de estudios en los colegios nacionales.

Art. 6º Las escuelas normales regionales funcionarán, en el año 1899, de acuerdo con el siguiente:

PRESUPUESTO

1	Director y profesor de pedagogía.....	\$	500
1	Profesor de fisiología é higiene general.....	"	138
1	Profesor de lectura y composición.....	"	138
1	Profesor de dibujo natural...	"	100
1	Profesor de música instrumental.....	"	100
1	Regente y profesor de crítica pedagógica.....	"	230
			1206
	Pasan....	\$	1206

	Vienen....	\$ 1206
<hr/>		
8 Profesores de grado, cada uno á 150 \$	“	1200
1 Profesor de enseñanza manual.	“	150
1 Secretario-Tesorero	“	100
1 Prosecretario y Bibliotecario.	“	80
1 Escribiente.....	“	60
1 Portero.....	“	40
3 Sirvientes, cada uno á 35 \$..	“	150
Herramientas y materia prima.	“	150
Gabinetes, útiles, etc.....	“	200
		<hr/>
		\$ 3336

Art. 7º Créanse 64 becas de 60 pesos en la escuela normal regional de la capital, las que se distribuirán así: provincia de Buenos Aires 46, Entre-Ríos 6, Corrientes 12.

Art. 8º Créanse 22 becas de 60 pesos cada una en la escuela normal regional de San Luis, las que se distribuirán así: La Rioja 5, San Juan 11, Mendoza 6.

Art. 9º Créanse 39 becas de 60 pesos cada una en la escuela normal regional de Tucumán, las que se distribuirán así; Córdoba 6, Santiago 9, Catamarca 12, Salta 6 Jujuy 6.

Art. 10. Créanse 12 escuelas propietarias, una en cada capital de provincia

que no tenga escuela normal regional, en la que se dará la enseñanza correspondiente á los seis grados de la escuela primaria y un año complementario, facultativo de enseñanza esencialmente práctica organizada en armonía con las condiciones y necesidades de cada localidad. Estas escuelas funcionarán de acuerdo con el siguiente:

PRESUPUESTO

1 Director	\$	200
6 Profesores de grado, á \$ 150 cada uno.....	"	900
1 Profesor de trabajo manual ó práctico.....	"	150
1 Secretario y Bibliotecario....	"	80
2 Sirvientes á \$ 35 cada uno..	"	70
Para gastos.....	"	150
		\$ 1550

Art. 11. Comuníquese, etc.

Marco M. Avellaneda.

Sr. Avellaneda (M. M.)—Pido la palabra.

Por razones de economía, en el presupuesto proyectado por el poder ejecutivo, se suprimen todas las escuelas normales, en las que cada alumno representa un gasto mayor de cincuenta pesos mensuales. El proyecto que presento á la consideración de esta cámara, significa también un ahorro que puede fijarse en más de un millón de pesos dentro del presupuesto vigente; pero, y me apresuro á declararlo, esta razón de economía no la he tenido en vista, ni la hago valer como un fundamento. Es una de sus ventajas, na la más, pues no me ha movido el propósito de hacer economías en la instrucción pública y sí, solamente el de reformar el sistema y métodos didácticos de los institutos normales, para que respondan mejor á los fines de su creación y formen maestros con la vocación y aptitudes de su elevado ministerio y tan es así, señor presidente, que pensamos, que ese millón de pesos, que se ahorraría, se debe destinar al fomento y progresos de la misma instrucción pública, como por ejemplo: al establecimiento de la Escuela Normal Superior, que la sanción de esta ley actualiza y hace indispensable.

Mi propósito es, pues, cambiar los planes y sistemas de enseñanza en las

escuelas normales, para que los maestros sean verdaderos agentes educadores y sirvan eficazmente su misión civilizadora.

La necesidad de esta reforma es desgraciadamente evidente. Las críticas que se hacen son justificadas. Las escuelas normales forman maestros mal preparados, del punto de vista de su cultura general y del punto de vista de su ilustración pedagógica y su número es tan reducido, que según las estadísticas escolares, no hay en la República sino 9035 maestros entre diplomados y no diplomados, y se necesitarían por lo menos 21000. La cifra es tristemente elocuente y hace inútil el comentario.

¿Por qué es mala la preparación de los maestros?

¿Por qué es reducido el número de los diplomados?

Porque el plan de estudios y los programas son deficientes, porque la dirección y enseñanza suele estar confiada á un personal incompetente y porque la mayor parte de las escuelas normales carecen de los elementos materiales más necesarios, como son buenos edificios, útiles, gabinetes de física, de ciencias naturales, bibliotecas, etc., etc.

El número de diplomados es reducido, porque los servicios del maestro son ge-

neralmente mal retribuidos; porque no tienen aliciente ni estímulos en su tarea oscura y abnegada; porque la preparación que reciben facilita el ingreso inmediato á las universidades.....

¿Qué puede hacerse para mejorar la situación de las escuelas normales y favorecer la acción tan reclamada del magisterio en nuestra sociedad?

Cambiar el plan de estudios y simplificar los programas. Separar la preparación general de la preparación pedagógica, los estudios generales de los estudios profesionales. No permitir el ingreso al curso normal, á los que no manifiesten verdadera vocación sostenida por sus propias aptitudes, á los que no tengan conciencia de la dignidad y responsabilidades de su futura misión. Ser inflexibles en la elección del personal directivo y docente, mantener una frecuente fiscalización, confiada á inspectores tan respetables como competentes. Emplear todo medio de estímulo y de auxilio para los maestros y alumnos, estableciendo conferencias, bibliotecas, salas de lecturas y prohibiendo publicaciones que alienten y reflejen todas las iniciaciones y difundan todas las prácticas y doctrinas más adelantadas. Dar preferencia á los que tienen diplomas y retribuir me-

por los servicios del personal docente.

A eso responde, señor presidente, este proyecto, que encierra dentro de sus grandes líneas una reforma que es oportuna y trascendental pues que viene á complementar el proyecto del ministro Bermejo, relativo á la instrucción secundaria.

He dicho que la economía encontrada, no es sino una de las ventajas, una de las consecuencias del proyecto y quiero repetirlo, porque no seré yo, señor presidente, quien prestigie, ni inicie en esta cámara supresión de escuelas, de institutos de enseñanza, porque sé lo que importa un solo niño, que no se eduque y crece como la maleza de los campos, y mucho más, cuando pienso que ese niño ha podido ser Sarmiento, si el cabildo de San Juan, no hubiera sostenido con sus pobres recursos en 1815, la "escuela de los patrios"; cuando pienso, que ese niño ha podido ser Alberdi, si Rivadavia no hubiera instituído becas, para costear los estudios de los jóvenes de las provincias, y, sobre todo, cuando recuerdo, que un presidente de la República, en esas horas crepusculares, en que el espíritu se repliega sobre sí mismo y se desprende de los labios la confianza íntima, decía, después de señalar el resultado de su acción é iniciativas en la edu-

cación del pueblo. Esa es la página de honor de mi vida pública y la única en que quisiera dejar consignado mi nombre. (*¡Muy bien!*)

Ahora entraré á explicar el proyecto, y pido disculpa á la cámara, si lo hago con involuntaria extensión, el tema es atrayente, y la palabra se siente solicitada y corre como por una rápida pendiente.

El plan de enseñanza proyectado, emancipándose de sistemas rutinarios que la experiencia ha demostrado su ineficacia determina claramente que los estudios generales y los profesionales, se harán en dos tiempos: 1.º los estudios generales; 2.º los profesionales. Es decir que el alumno normalista, iniciará sus estudios pedagógicos, los que han de hacerlo maestro verdadero, después de haber adquirido una cultura general, lo que los tratadistas llaman tener una mente preparada, para poder entonces dedicarse á la observación psicológica y á la teoría escolar, en donde debe aprender la ciencia y el arte de enseñar. Los estudios generales los hará el futuro maestro en el colegio nacional, de acuerdo con el plan Bermejo. No habrá, por lo tanto, que costear esa enseñanza en las escuelas normales y queda de hecho suprimi-

da, con su rumboso cortejo de profesores, gabinetes é instalaciones especiales.

Se crean tres Escuelas Regionales, que funcionarán en San Luis, Tucumán y Buenos Aires y se reduce á tres su número, porque bastan para recibir el total de alumnos inscriptos actualmente en todas las escuelas normales que se refunden. Se elige San Luis, por su situación geográfica y por una razón de equidad, es la única provincia de Cuyo, que no tiene una escuela especial. Mendoza tiene su escuela de vitivinicultura y San Juan su escuela de minas. Se designa Tucumán, porque hay allí un edificio de propiedad de la nación, y porque, como San Luis, ocupa una posición central con referencia á las provincias que le enviarán sus alumnos y, finalmente, se elige Buenos Aires, para aprovechar un gran edificio de propiedad también nacional y teniendo en cuenta la importancia de la escuela que aquí funciona.

Se establece en cada escuela regional el número de becas que corresponde al número existente de alumnos en las escuelas refundidas, para no malograr ninguna esperanza ni perjudicar á los jóvenes que están hoy en las aulas.

El proyecto funda también escuelas preparatorias nacionales, en donde se da-

rá también un curso de enseñanza práctica de artes y oficios, teniendo en cuenta las necesidades locales y las prácticas industrias de cada provincia, pues se impone la conveniencia de promover la educación industrial del pueblo, para oponerla á ese intelectualismo presuntuoso, que empieza á inquietarnos como un verdadero proletariado.

Debo hacer presente á la cámara, que este proyecto tiene el apoyo decidido de los que están más autorizados de las deficiencias de nuestros institutos de enseñanza normal, y les ha sido posible apreciar la necesidad de su reforma inmediata; puedo, pues, decir en favor del proyecto, que he recogido inspiraciones autorizadas como las del doctor Ildefonso Ramos Mejías, que está nacionalizando su nombre, por la inteligente consagración con que desempeña sus delicadas funciones de inspector; que he escuchado también las indicaciones del distinguido profesor Pizzurno y permítaseme una ligera digresión.—He hablado, señor presidente, en general, de los malos maestros que salen de nuestras escuelas, y debo declarar que hay honrosas excepciones, y el nombre del profesor Pizzurno, me da oportunidad de hacer un recuerdo de merecida justicia á los que, como Pizzurno,

no han desertado del magisterio, y hacen de él, el destino y el orgullo de sus vidas.

Sancionada esta ley señor presidente, surgirá como una flor de cultura, de alta cultura, la escuela normal superior que encuentra su ejemplo y su modelo en la escuela normal superior de París con su pléyade brillante de discípulos en la que sobresalen ministros de instrucción pública, como Cousin y Duruy, pensadores sabios, como Jules Simón, Jacques, Pasteur, Delafosse, Taine, Boisier, profesor de conferencias ocupando en la misma escuela la cátedra que ilustró Sainte Beuve, Janet, Sarcey, Fustel de Coulanges,—los nombres se agrupan numerosos hasta donde alcanza el recuerdo, pues son todos los grandes nombres de la Francia contemporánea!

Saludemos, pues, el advenimiento de la escuela normal superior argentina, que llamará á presidir su instalación y bendecir sus destinos: la sombra amiga de Amadeo Jacques, y si la nueva escuela se establece en la ciudad del Paraná, vendrá también, la no menos propicia de José María Torres, que han sido sus grandes precursores—nombres que no es posible apartar de la memoria, siempre que se habla de educación en esta tierra.

Antes de terminar, permítanme los señores diputados que llame su atención sobre la necesidad de preocuparnos de nuestros problemas educacionales. Los que hemos pasado por los puestos administrativos de la instrucción pública sabemos todas las deficiencias de organización de nuestra enseñanza, cómo se desvirtúan los principios que están escritos en nuestras leyes escolares, y cómo se esterilizan los sacrificios pecuniarios que la nación destina á la educación del pueblo. Las estadísticas arrojan cifras ingratas, desconoladoras y hay en el país muchas instituciones educacionales, que no se han radicado en nuestro suelo, que no robustecen la sabia de nuestro organismo y que, por el contrario, arrastran una existencia anémica, artificial.

Ha llegado el momento de ocuparnos de instrucción pública, de realizar el voto del Ministro de Sarmiento: "Difundir la educación hasta que ella venga á ser en la República, como la luz y el aire, un don gratuito y universal".

Acabamos de desviar de nuestras cabezas los desastres de la guerra, con el acrecentamiento progresivo de nuestro poder naval y militar, y en estos días de prueba, de alarmas patrióticas hemos evocado más de una vez el recuerdo glorioso

de los pueblos vencedores de este siglo; pues bien, yo digo, conservemos los ojos fijos en esos pueblos, y el triunfo nos hará ver mejor la luz que proyectan ciento veinticinco universidades libres y la propaganda fecunda, pacífica, de ese sembrado de semillas intelectuales, de esa creación exclusivamente yankee, que se llama el profesor ambulante y que congrega ochenta mil obreros en los Estados de la Unión Americana. Asistiremos así, una vez más, al triunfo de esa duplicidad de fuerzas de que hablaba ya Julio César, que dilata los límites del espíritu humano y ensancha las fronteras naturales del imperio.

Si el niño, que hoy no se educa, es el pueblo de mañana, yo pregunto, señor presidente, ¿cómo queremos que sea la República Argentina de mañana?

Sabemos que el destino de los hombres y de las naciones obedece á leyes que escapan á la previsión y á la congetura humana y que nuestra previsión no alcanza más que la antigua pitonisa, con sus gritos inarticulados, el cabello en desorden, los ojos enrojecidos y entregada á la furia de la impotencia; pero sabemos, también, según la advertencia de un gran pensador, que todo lo que se hace sin los atenienses es perdido para la glo-

ria—y es en esas consideraciones, que fundo este proyecto de ley, que tengo el honor de entregar al alto criterio de esta cámara.—He dicho.—(*¡Muy bien! Muy bien!*)



AFORISMOS PEDAGÓGICOS

DE

DIESTERWEG

AL niño se le debe enseñar por experiencia, y no enseñarle sino lo que pueda conocer por este medio.

—La instrucción mecánica es la muerte del espíritu.

—No se debe aprender más que por el pensamiento.

—La cultura consiste, no en saber mucho, sino en saber bien.

—La instrucción que se da á los niños, no es buena, sino á condición de ser elemental.

—Nada es más funesto que una enseñanza prematura, superior al alcance del alumno.

—El gran arte del maestro no consiste en hablar, sino en hacer hablar.

—El desenvolvimiento del espíritu consiste en buscar, no en encontrar.



INDICE

	Págs.
Advertencia	3
La Escuela en los Estados Unidos..	5
Pestalozzi	33
Kindergarten	46
Discurso modelo.....	56
Juan Amós Comenius.....	67
Discurso de Johnson.....	75
El Congreso Internacional de Edu- cación de Bruselas.....	84
La Escuela en la familia.....	93
Respeto á la propiedad.....	99
El Trabajo.....	107
Discurso de E. De Amicis.....	118
Escuelas Normales.....	127
Aforismos pedagógicos.....	142

